

ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

AÑO II — TOMO IV

MONTEVIDEO, FEBRERO 5 DE 1883

NÚMERO 18

Periódicos y periodistas, “El Siglo,” “La Razon,” etc., etc.

POR HAROLD

Los tiempos no están para preámbulos y oberturas.—Méenos están todavía para lógicas, cronologías y ni siquiera para la gramática castellana.—¿Tiene Vd. alguna idea?—Pues espóngala claramente, aunque sea á galicismo ó barbarismo por línea.—Esta es la cuestion.

Los tiempos son de notas, rasgos generales y bocetos.—Gracias que un motin general ó una paliza idem no interrumpa la línea y el boceto!

Por eso, yo escribo notas, nada mas que notas.

—Sobre qué?—Sobre (si á Vd. le gusta, lea: *acerca de, respecto de*, que á mí me es indiferente) sobre periodistas, periódicos, editores, etc., etc., pero, entiéndase bien, sin órden, unidad, ni ilacion, pasando de un periodista á otro, de este diario á aquel, empezando por el medio y concluyendo por el principio.

¿Se espeluzna por ahí algun anticuario, de esos que han desconocido su mision y escriben libros y tablas de logaritmos en vez de estar en un escaparate de museo, resguardos del aire y de la luz?

Mejor! Yo no escribo para ninguna vidriera ni para el Dr. Mascará y Sosa, aunque es Bibliotecario y aunque él ha escrito admirables páginas de literatura hebraica, anterior á Moises y al pueblo judío, sino para mí y para darme el gusto de introducir el desórden en medio de tanta uniformidad, tanta ciencia y tanta lógica como las que lucen en las páginas de los ANALES.

Per troppo variar natura á bella. Aunque no fuera más que

por variar, ¿no podría introducirse también un poco de desorden en otras cosas más ordenadas todavía que "Los Anales," en ese concierto, por ejemplo, lleno de dianas triunfales y de sublimes armonías que dirige el escogido protector de este afortunado país?

A mi pesar, tengo que resignarme.—Allí no hay otra batuta que la espada y yo no puedo cambiar por esta mi pluma, ni manejar las dos, como lo han hecho tantos ilustres varones, entre los cuales recuerdo á Jenofonte y á don Juan de la Granja, el congénere metafísico de Moncayo y de un afrodisiaco secretario que Dios guarde en santa compañía.

Con don Juan y con Moncayo, he nombrado á dos redactores castrenses, que evocan la memoria de dos diarios y de una soldada.

La asociación de ideas me conduciría aquí á hablar de tales diarios (suprimiendo la soldada para evitar recuerdos importunos) pero la asociación implica algo de orden, de encadenamiento, y yo estoy en materia de ideas por la dispersión, guardando en esto analogía con las fuerzas inteligentes del país, que yacen, por fortuna, dispersas, trunca y desparramadas hasta el día del juicio, para reunirse y congregarse en un solo haz, así que resuenen y aparezcan los formidables sacudimientos y las apocalípticas visiones del Evangelista, estoy por la dispersión de ideas, decía, y por consiguiente empezaré mis notas por otros periódicos y periodistas.

* * *

El primero que se me ocurre es "El Siglo," gran diario, gran formato y gran circulación, sea dicho esto último sin mengua de aquel otro diario de las sucesivas encarnaciones como Vichnou, aunque conservando el mismo espíritu..... de cuerpo.

Hará veintiuno ó veintidos años—pues la exactitud de fechas no hace al caso, ni soy yo fuerte en cronología—que se fundó "El Siglo" y se estableció la Imprenta del mismo nombre por la cual debía aparecer.

Fué Mr. Adolfo Vaillant quien, fundándolo,—y esto sí que es importante decirlo,—introdujo dos cosas en su imprenta: los anteojos, unos anteojos como yo no he visto otros, desmesurados, fulgentes, de facetas y reflejos tan vivos y luminosos que herían la vista con su deslumbrante brillo, y el *centímetro*, destinado á conmensurar por todas sus alturas y costados las columnas del nuevo coloso, nacido á la vida en el "Cubo Norte" de esta ciudad, á

dos cuadras de la ribera, para crecer siguiendo la línea de las antiguas fortificaciones y llegar á su plenitud á orillas del Plata, bajo los fuegos del fuerte "San José" y al alcance de las encespadas olas que venían á bañar su pié en los días de pampero.

Sitios de combate los elegidos! Las *Bóvedas*, lienzos de muralla de la colonial plaza, todavía enhiestos; los viejos cañones de la conquista, de la independencia y de la defensa, colocados como legendarios atalahayas en la esplanada y sobre los muros de la derruida fortaleza; el río á veces desbordado, estrellándose como mar furioso en las escarpadas rocas, todo, todo convidaba á la batalla.

Así fué de batallador *El Siglo!*

Pero volvamos á los anteojos y al centímetro de Mr. Vaillant, que no me llama á mí la vocación por el lado de retóricas y floreos.

Confieso que me imponían sobremanera. Daban á su dueño el aspecto de un Argos, defendiendo la entrada de la imprenta. Era difícil conocer si los ojos que tras de ellos se escondían, estaban abiertos ó cerrados, miraban ó no miraban.

Agreguen ustedes á esto que Mr. Vaillant siempre se colocaba de perfil, y comprenderán cuán imposible era leer en sus miradas.

Yo nunca leí nada: apenas si vislumbré, por el ángulo del lente, el cristalino del ojo, pero lo que es la pupila, foco de luz y del pensamiento, esa no la vió nadie, ni Dermidio De-María, que mira en proyección por debajo del ala del sombrero.

Alguna vez fuí á pedirle que me publicara una "Balada á la Luna", ó un discurso fúnebre por el estilo de los que hacía en la otra orilla Pastor Obligado, pero los anteojos de Mr. Vaillant me hacían retroceder, y me quedaba con mi balada en el pecho y mi discurso en la mano, maldiciendo de mi suerte y del bárbaro que inventó los vidrios de aumento.

Ah! y la voz? Qué silbidos ni qué víboras de la cruz! Aquello era una ruptura de la laringe con vibraciones de chasquido, prolongadas, nerviosas y cargando de una manera tal en las *erres*, que no había más que irse, tapándose los oídos.

Jamás me atreví á dirigirle la palabra, jamás, temeroso de los resplandores de sus anteojos, que parecían iras cristalizadas, y de esa voz que sacudía como corriente eléctrica.

Pero esos anteojos, que á mí tanto me impresionaban, introdujeron en la imprenta el respeto y la autoridad. Servían para algo más que para reparar la debilidad de unos ojos cansados por el

estudio y el trabajo: allí, en la dirección del diario ó en los talleres de composición, eran el signo visible de una voluntad y de una fuerza, tan inteligente la una como la otra; eran la visión interna de la regularidad y el orden, duplicada en un solo hombre y reflejada al exterior en unos vidrios que todos esquivaban.

El centímetro tenía también su significado especial. Era medida, pero era á la vez símbolo. Introduciéndolo Mr. Vaillant, introducía en su imprenta el principio de la igualdad, de la responsabilidad, de la retribución segura del trabajo, que hasta entonces nunca ofreció iguales garantías á esa laboriosa colmena de impresores y operarios ocupada de dar formas materiales al pensamiento. Eso significaba el centímetro. Medida de distancia y medida de responsabilidad.

Con ella en la mano, Mr. Vaillant daba tono y dirección á todos los empleados de su imprenta. El centímetro servía para medir el diario y medir el deber de cada uno. No era el infatigable Director quien se quedaba atrás en este punto.

Tenía, en efecto, la prodigiosa actividad de su amigo Joseph Garnier, el Secretario perpetuo de la Société de Economie Politique, y como Garnier, daba preferencia, entre los estudios económicos, á los estudios prácticos sobre estadística y finanzas.

Estas tendencias de su espíritu se vieron pronto reflejadas en *El Siglo*, iniciando por primera vez en nuestra prensa diaria cuestiones de inmediata aplicación económica, de rentas, cálculos de consumo, censo, estadística general y otras análogas.

Inteligencia clara y analítica, preparada por la observación y el estudio, fortificada por el trabajo constante y hábitos de orden, Mr. Vaillant imprimió á la dirección interna de *El Siglo* la marcha de un establecimiento serio, metódico, ilustrado, y á las secciones del diario en que colaboraba, el sello de sus tendencias económicas en la más alta acepción que pueda darse á esta frase. Tal fué el fundador del coloso nacido hace veintiuno ó veintidos años en el Cubo Norte de esta ciudad.

* * *

Decía yo que el sitio del nacimiento había sido bien elegido. Réstame ahora añadir que hubo también oportunidad en la aparición de *El Siglo*.

No diré que D. Bernardo Berro fuera Carlos X, pero sí que aquella era época de un *cambio de dinastía*.

Estábamos en los preludios de pasar de los Borbones á los Orleans. No se enojen los blancos, porque los Borbones llevan bandera blanca y representan la legitimidad. Estábamos en tales patrióticos preludios, repito, cuando Mr. Vaillant, como Mr. Miguet fundando *El National* en Francia para preparar la entrada de los Orleans, fundó *El Siglo* para preparar la entrada de los colorados y la salida de las ideas liberales.

Buen sitio, buena oportunidad y buena mano para echar pollos!

Quiero referirme al personal inteligente del diario.

El primer nombre que á este propósito me ocurre es el de su actual gacetillero, Dermidio De-María. Decir que tiene ingenio, es casi un pleonismo. Pero el gacetillero de hoy no es el cronista de ayer.

La sátira de aquellos tiempos, la risa, ya franca y abierta, ya sardónica y mefistofélica, que Mr. Vaillant quiso mostrarnos en *El Siglo*, echándole con ojo de halcón la mano á De-María para que éste se riera, haciéndonos reír, se ha eliminado, comprimido, retirado por completo de la gacetilla para dar lugar á narraciones científicas y sesudas reflexiones.

Otros tiempos, otros gustos! dirá nuestro cronista. — En cuanto á mí, me quedo con los pasados. — Eran más artísticos, más abnegados, de más nobles impulsos, aunque nó, justo es decirlo, más liberales que los presentes.

Escribía entonces De-María con el *stylus* metálico con que Mr. Stein se caricatura á sí mismo en *El Mosquito* de Buenos Aires, y nó con esas plumas finas, pequeñas, pulidas, propias para hacer planas y escribir sobre rayado, que ahora usa y que se ven de repuesto en su escritorio al lado de tiras de papel, perfectamente cortadas y alineadas.

Quantum mutatur ab illo! Entonces, nada de semejantes plumas y de semejantes cuartillas; nada tampoco de anteojos, que estos solo los llevaba Mr. Vaillant.

En el primer pedazo de papel que venía á la mano, y sobre una mesa sin labrados ni dibujos, grande, extensa, en que se sentía el *tacto de codos* de los demás compañeros de trabajo, escribía el chispeante cronista una noticia, una sátira, un suelto que al día siguiente servía de tema á las conversaciones y era comentado largamente á expensas de la autoridad (como ahora!) ó personaje que había caído bajo la punta acerada de su *stylus*.

De-María sabe hoy más, mucho más; se ha ilustrado con lecturas

continuadas sobre viajes, costumbres, artes, conocimientos útiles, etc., etc., pero ha plegado su risa y reconcentrado su espíritu festivo que otrora acudía á cada instante á sus labios y se desbordaba en sus críticas.

Con tal cronista, la crónica de *El Siglo* se impuso desde el primer día y marcó una época ascendente de progreso en la sección amena de nuestra prensa.

No venía aquel, sin embargo, á hacer sus primeras armas en el periodismo y en la crítica. Sobran testimonios, si la notoriedad no bastara.

Cuando la aparición de *El Siglo*, ya hacía tiempo que su cronista había mostrado las primicias de su ingenio en "hojas" y "gacetas" tiradas á mano, que otros más viejos que él leían complacidos, aplaudiendo sus halagüeños ensayos.

Dermidio, decía Hernandez, el librero y el editor Hernandez, de quien hoy nadie se acuerda, Dermidio, decía, "será nuestro mejor cronista".

El herrero *debe entender algo de fierros*, como ha dicho otro viejo que ha hecho gemir las prensas con sus obras, y el vaticinio de Hernandez no fué desmentido.

El cetro de la crónica lo adquirió De-María en las columnas de *El Siglo*. Hoy mismo lo conserva, aunque no es el cronista de las primeras épocas.

De ordinario, narra, enseña, ilustra con referencias históricas y de costumbres, tan selectas como significativas para la actualidad social y política, pero si quiere, puede aún levantar roncha y pasar de la epidermis.

Tiene todavía la mano fuerte y hábil para cambiar, si es necesario, la pluma inglesa conque escribe por el duro *punzon* que ántes esgrimiera.

No cito ejemplos, porque de ellos no guardo notas y porque soy suscriptor de *El Ferro-Carril* y de otros diarios.

Chispa, ingenio, frase correcta, todo esto reúne De-María, y ahora, añadan ustedes una particularidad, adquirida sin duda en el oficio: que no es una facultad, ni una aptitud, ni una manifestación general del espíritu, porque en él es un instinto.

Se abre un periódico de acá ó de cualquier parte, y mientras ustedes y yo leemos el título, De-María ha encontrado ya la noticia ó el artículo que interesa, el mejor, el único que de tal periódico deba trascribirse!

El instinto de encontrar lo apropiado, él lo posee por todos los redactores y gacetilleros juntos. Lo aplicará de este ú otro modo, según las *circunstancias* y el diario en que escriba, pero lo posee. Puede pasar á otro sus tijeras, seguro de que ya no cortarán lo mismo, por más que las afilen.

¿Desean ustedes, en conclusion, una línea final de este boceto? —Ahí vá.

Dermidio De-María no se habría sentido intimidado escribiendo la sección *Hechos diversos* de *El Figaro* ó puesto en el caso de continuar una gacetilla empezada por Manuel del Palacio. Tiene inteligencia y riñones para eso y más.

*
* *

Buen ojo y buena mano los de Mr. Vaillant! Lo probó eligiendo tal gacetillero, y lo probó en la elección de los redactores.

José Pedro Ramirez, Fermín Ferreira y Elbio Fernandez, fueron los primeros redactores de *El Siglo*. No hago respecto de los dos últimos una afirmación categórica, y admito por consiguiente cualquier rectificación de fecha. Ya he dicho que en cronologías no soy fuerte y excuso repetirlo una vez más.

La pluma de Florencio Varela había pasado á Juan Carlos Gomez, y despues que este se refugió en Buenos Aires, había permanecido en lo alto, como la de Cido Hamete Benengeli despues que Cervantes escribió el Quijote.

Mr. Vaillant se atrevió, la descolgó y se la pasó á Ramirez. Era digno de recibirla el novel redactor! No fué un ascenso, previas algunas pruebas en picaderos y torneos de parada.

José Pedro Ramirez tomó la prensa por asalto, como la toman los periodistas de raza, como el perdiguero coge en el aire su ave, como el bull-dog se avalanza á su presa, seguro de su instinto y de su fuerza.

Bajó al estadio, ó subió, como ustedes quieran, se instaló en la redacción y empezó á escribir largo y tendido, á *naranja amarga por editorial*. Así iban estos! saturados de un agri-dulce que no había más que pedir.

El ácido cítrico recorría su camino, y de la naranja se trasmitía al papel en forma de pensamientos, pasando por el redactor. Á bien que entónces con lo ménos que se tiraba era con perdigones! Había fusiles en las casas de los ciudadanos. Hoy, las casas están

vacías de fusiles y de ciudadanos, hasta que paso la estacion de verano.

— Bandera al viento! gritó Mr. Vaillant.

— Bien! aquí está la mía, respondió José Pedro Ramirez, y la puso en la primera columna de *El Siglo*, como si dijéramos al tope del palo mayor del buque, rompiendo el fuego contra beligerantes, cruceros y piratas y contra la propia armada en los días en que el mar estaba libre de enemigos.

El pabellon no siempre cubria la mercancía, aunque ésta fuera de las mismas costas, pero doblamos la hoja hasta el momento en que escriba notas políticas. Hoy son de meras referencias, sin ir al fondo de las cosas. Ya echarémos la sonda y lo examinaremos en oportunidad. Sigamos ahora sin pasar de la superficie.

Con Ramirez habia encontrado Mr. Vaillant el redactor que necesitaba para su diario. La generacion nacida á la vida bajo los fuegos de la guerra de nueve años, tenia en él una de sus mejores encarnaciones, la mejor, sin duda, para las luchas de la prensa!

Así, no eligió terreno, ni sombra, ni armadura.

Se paró firme, sereno, alzada la visera y pronto á devolver golpe por golpe, provocando al ataque, ántes que esperándolo.

— Aquí está mi bandera y aquí está un hombre, dijo Ramirez — Tirad...!

Era una arrogancia, pero no le sentaba mal á sus bríos y á sus años, porque siempre puso el pecho á los golpes, fuerte la mano, alta la frente... hasta el día el en que se cayó al agua!

Quién no se ha caído! Solo están libres de peligro los que miran el combate desde la ribera al calor de las caricias femeniles.

No le sentaba mal la arrogancia, repito, no le sentaba á quien todo lo esponia en la demanda: bienestar, reputacion, nombre, fama, por la religion de sus principios.

Cuáles fueron? No quiero ahora discutirlos. Solo diré que Ramirez los defendió como bueno y como bravo.

Tiene este periodista (que sea dicho entre paréntesis, escribió lo mismo el primer día que al año de prensa) una cualidad dominante arriba de todas las otras cualidades: deja la señal!

Podrá saberse más, escribirse mejor, con más vuelo, con más brillo, dominar más una cuestion, pero yo no conozco periodista alguno de nuestro país, como lo ha observado un constitucional, que clave su garra en el adversario como la clava José Pedro Ramirez.

Y esto era lo que queria Mr. Vaillant para su diario: un redactor que dejara la señal. Lo tuvo, y con él tambien tuvo á Elbio Fernandez y á Fermin Ferreira.

*
* *

Habia una bandera y una idea comun. Ramirez le infundía su fuerza y su entusiasmo; Elbio Fernandez, su juicio reflexivo; Fermin Ferreira, su imaginacion.

El Siglo quedaba montado como para salvar toda clase de obstáculos. La máquina podia ya marchar.

Elbio Fernandez! Cuánta pena experimento al recordar la muerte del ciudadano que llevaba este nombre, hoy por muchos olvidado!

Fuó en las "Sesiones de las Cámaras" donde empezó su vida de periodista. Pronto pasó al editorial.

No era un combatiente que se echa á plomo, á cuerpo perdido, en los remolinos de la prensa, pero sí un pensador á quien se escuchaba con respeto. El silencio se hacia á su alrededor para oír su palabra, ó mejor dicho, su razonamiento.

Escribia editoriales, como escribia sus vistas de Fiscal. Un poco más de calor al exterior: hé ahí toda la diferencia. Lógicos, sanos, austeros, así eran sus editoriales como sus vistas.

El estilo, el temperamento y la fisonomía se armonizaban. Serenidad de rostro, de alma y de razon. — Eso era Elbio Fernandez.

Su palabra lo tradujo todo en *El Siglo*, mezclada á veces de cierta melancolía que se reflejaba en su semblante y en la habitual inclinacion de su cabeza inteligente.

No se hacia esperar, sin embargo, en el momento del peligro.

Si Ramirez se hubiera visto acorralado, rodeado de enemigos que hicieran dudoso el triunfo, él habria acudido en la hora suprema, como Desaix, para vencer ó soportar juntos la derrota. Tenia inteligencia, ilustracion, virtudes ingénitas, y, sobre todo, convicciones sinceras. Este era el rasgo prominente de su personalidad.

Periodista de propaganda, más que de combate, llevó á *El Siglo* algo de sentencioso, de dogmático, de espíritu universitario con un sabor que recordaba frecuentes y detenidas lecturas de Guizot, Benjamin Constant, Tocqueville y Federico Bastiat, pero con un fondo que parecia provenir de la escuela estóica.

Fernandez no habria negado la libertad, como Lucano, despues de haberla ensalzado.

Hoy no sabríamos qué puesto darle en nuestra vida política, si no fuera el de condenarlo á escuchar por ahí, que quienes se habrían honrado en llegar hasta él y en imitar su vida, podían, sin embargo, ofrecerle más alto ejemplo de austeridad y de civismo.

Entonces era, como ustedes lo han visto, aquel de los redactores de *El Siglo* que marcaba su personalidad, y por consiguiente al diario mismo, con el sello del estudio, la reflexion y las firmes convicciones.

* *

Y el otro redactor? Ya lo he dicho: Fermín Ferreira era la imaginacion. Oh! y qué imaginacion! la más brillante, la más poética de los escritores de su tiempo.

Inflexible la ley de las compensaciones de la naturaleza, que hasta en el cerebro humano se cumple!

Parecía que Ferreira le había hecho cesion de su lógica á Elbio Fernandez.

“Á mí me basta con la inspiracion”, se había dicho. Y tenia razon. Le bastaba, le bastaba para escribir y hacerse leer durante veinte años!

La sensibilidad de la redaccion — del diario — por decirlo así, estaba refundida en el alma de Fermín Ferreira.

Más allá del razonamiento frío, del apóstrofe hirviente, del anatema, ¿se queria la imprecacion, la arenga tribunicia, la elegía trisísima, impregnada de dolor? Pues entonces tomaba su puesto el escritor-poeta en las columnas de *El Siglo* y llamaba en su auxilio á las musas y los dioses, y conjuraba por la patria á los enemigos, y cantaba al amor, á la concordia, á la esperanza de más bellos días, con arranques de lirismo, con fuego, con uncion profética, que nos hacia olvidar las heridas recibidas y amar al adversario, como si en la República no hubiera corazones perversos, sino puros y abnegados.

Y no creais que despues, cuando había terminado su artículo, se trasformaba, nó; quedaba el mismo, era el mismo siempre.

Su inspiracion no necesitaba la trípode; su lira, el martillo; ni su palabra, el aceite de la lámpara.

Espontaneidad, se llamaba su produccion intelectual, y así, todo era en él espontáneo: verso, prosa, oratoria.

No tengo gran predileccion por los oradores, aunque los ad-

miro, pero confieso que cuando el escritor-poeta iba á hablar en la imprenta de *El Siglo* con motivo de cualquier manifestacion popular, le perdía el miedo á los anteojos de Mr. Vaillant, y era yo el primero en acudir á la cita.

¿Sabeis cuál es el signo que dá el público de tener ante su presencia á un verdadero orador? La confianza; nadie duda, y todos se entregan, sin temor ni sobresalto, á una fuerza que se impone, á una palabra que llena los ámbitos.

Pues esa confianza experimentábamos nosotros al escuchar á Fermín Ferreira.

Podía perderse en su peroracion; cambiar de tema, de ideas; faltar á la lógica; incurrir en contradicciones tan flagrantes como querais; pero había allí dos cosas inagotables: las armonías de su voz y el sentimiento, una voz que emocionaba, un sentimiento que llegaba al corazon.

Su acento tenia misteriosas vibraciones. Daba la nota que apasiona y exalta.

El dolor, la justicia, la libertad, resonaban con estrépito en su pecho y salian de sus labios entre lágrimas y alegrías.

Mr. Vaillant quiso esas armonías para su diario, y buscó el corazon y la mente que las encerraba.

Fermín Ferreira y Artigas cantó, pues, al lado del raciocinio de Elbio Fernandez y de la maza que esgrimia José Pedro Ramirez.

Ahí teneis la primera redaccion de *El Siglo*.

* *

Y vino la segunda, y vino Carlos María Ramirez, otro periodista que tomó la prensa por asalto para no quedarse atrás de su hermano.

Redacta hoy *La Razon*, y por consiguiente guardo mis notas á su respecto para cuando hable de este diario. Carlos Ramirez completa allí su órbita de periodista, y aunque yo solo escribo líneas y rasgos, pienso como Fortuny, que el boceto debe hacerse por lo ménos de tres cuartos y nó de perfil. En *El Siglo* no asomó por entero su cabeza el escritor y el político. Hay por tanto que observarlo en las campañas de *La Razon* para verlo por completo. Ya lo veremos.

Y vino la segunda redaccion, decia, y vinieron tambien, no sé si en peloton ó uno tras de otro, Julio Herrera y Obes, Pablo De-

maría y Jacinto Albistur, de los cuales se ha quedado el último hasta la hora presente de supremas delicias.

Privilegio singular el de *El Siglo!*

Por su redacción han pasado los más notables periodistas del país. No parece sino que fuera ese diario el encargado de dar patente de escritor. Allí había que ir á buscarla hasta hace pocos años, quiero decir, hasta el día en que, imitando á Roma prostituida, legislamos por cohorte y elegimos por centurion en la plaza pública.

Julio Herrera, que no era ménos que nadie, fué á buscar la suya y la obtuvo.

Faltaba en *El Siglo* un dialéctico, un escritor que cuidara de la frase.

José Pedro Ramírez se batía, tiraba con ideas y con todo lo que tenía á mano; Elbio Fernández raciocinaba; Fermin Ferreira hacia vibrar las cuerdas de su lira. Á qué cuidarse del estilo?

Ramírez, no lo necesitaba; Fernández, se bastaba con su lógica; y en cuanto á Ferreira, éste no tenía que hacer períodos rotundos y armoniosos, por la sencilla razón de que ya los tenía hechos en la melopea de su espíritu.

Julio Herrera llenó el claro, y empezó á escribir, nó *cálamo* *currente*, sino *lento gradu*, con la más mala intención, eso sí, pero con toda la nifidez de frase que podía.

Curiosa particularidad! El periodista de la polémica tenía la réplica en la punta de la lengua, pero nó en la punta de la pluma.

Para pasar de la idea al concepto, del cerebro á la mano, era necesario tiempo, y sobre todo, golpes, que en la prensa se aprende á golpes, única escuela en que todavía subsiste el antiguo sistema de enseñanza.

Herrera los recibió y los devolvió con intereses compuestos.

Al principio, sus artículos eran más literarios que políticos.

Se veía en ellos la huella de las lecturas de Figaro, como si el novel escritor hubiera ido á probar sus armas en el arsenal del viejo crítico, pero después abandonó todo sabor extraño para aparecer con el estilo que le era propio y con la esencia de trementina de su invención, (porque la mostaza no bastaba) corrosivo y estimulante de que ha hecho siempre un feliz uso, como pueden atestiguarlo desde Mr. Mac-Coll hasta el primer almirante suizo.

¿Había que alborotar el enemigo? Pues allá iba Julio Herrera con fanfarras, flámulas, banderas y bizarros alardes, hasta que lo ponía en espantoso movimiento.

¿Había que perseguirlo después de la derrota? Pues él acudía y lanzaba sus columnas de editoriales, á la disparada, como caballería lijera, como ballestas, como lluvia de dardos y de balas que llegaban, para valerme de una frase de Gambetta, hasta *sacar de sus guaridas* á los vencidos.

— Cuál no sería la exaltación, el odio, la saña! dirán ustedes

— De quién, de Julio Herrera? — Bah! él? lo que es él se quedaba tan fresco como antes, y, después de alborotar el campo ó de perseguir al enemigo, se salía con toda tranquilidad por esas calles á preguntar dónde era la pelea!

Las aficciones no se han hecho para su alma. Es Camilo Desmoulins, pero lógico, consecuente, y nó cobarde, llorando á los piés de Robespierre.

Herrera no habría implorado, aunque lo hubieran de matar diez veces, pero habría mirado ahorcar otras tantas á Robespierre y á todos los Robespierre juntos, con la misma tranquilidad con que mira un figurin de modas. Así es el hombre! Se bate, porque se bate — por vencer — este es el lema de su escudo.

Demostrar, convencer, destruir al adversario, todo esto es accesorio. Lo principal es vencerlo. No importa que al día siguiente renazca con nuevas fuerzas y vuelva al combate y convierta una derrota en triunfo. La cuestión es vencerlo por el momento. Que así lo reconozcan, lo digan y lo proclamen todos!

Cómo se vence? De cualquier modo. Con argumentos, sin ellos, con elocuencia, con charla, con distingos y epigramas, con demostraciones profundas, vacías, con anécdotas y cuentos, á punta de dialéctica y á punta de florete, si todo lo demás no basta.

Ese es el periodista que empezó en *El Siglo*, cuidando de su frase, meditándola, cineclándola, y concluyó por ser el más hábil, el más intencionado y el más valiente de nuestros polemistas.

Cuando últimamente, después de un largo silencio, apareció en *El Herald*, nos dijo que había abandonado sus antiguas armas, las cuales yacían colgadas en su panoplia de guerra.

Ciertamente, eran otras las armas que sacó á relucir: armas inglesas.

Los torys, los wighs, el parlamento, Macaulay, Buckle, el Common Law, la tradición, la Biblia, Darwin y Spencer alguna que otra vez — aquello era un encanto de constitucionalidad, de ciencia, de oportunismo, de mansedumbre, de beatitud seráfica, pero se enredó la madeja, se cargo la tormenta, y al diablo fueron las armas inglesas con todo lo que de sajón traía en su nueva panoplia.

Acudió á la antigua, tocó á zafarrancho y empezó á repartir mandobles á diestro y siniestro. — Soberbio el combate, bravo el combatiente!

Yo le aplaudí y le aplaudo todavía sus tiros al jefe de la armada suiza. — Fué un *desenganche* salvador, y no digo más.

Los que no lo hayan visto, ya se imaginarán por estas líneas lo que era Julio Herrera y Obes en la redaccion de *El Siglo*. — Un escritor fácil, elegante, incisivo, y, sobre todo, un polemista de primera fuerza, que no miraba jamás para atrás, aunque estuviera rodeado de enemigos, pero. tampoco para adelante, justicia le sea hecha.

* *

*Pas plus que le sapin ne cesse d'être vert,
Pas plus que le soleil ne renonce au solstice,
Nous n'oublions l'honneur, le droit et la justice.*

Estos versos de Victor Hugo condensan el carácter y las tendencias de otro periodista de *El Siglo*.

Pablo De-María, el más joven de los escritores que componían la redaccion de aquel diario en su segunda época, se hizo notar, en efecto, por la rectitud de juicios, la firmeza de carácter y la fidelidad de causa.

Escribe como siente, y siente como hombre de corazón. — *Mens sana in corpore sano*. — Es una conciencia que se refleja al exterior toda entera.

Nada de sutilezas, ni de vueltas, ni de distingos. — La verdad ante todo y cueste lo que cueste. — *Potius mori quam fœdari*, ese es su lema.

Poeta, presta á sus artículos las galas de la imaginación, pero sin caer en el lirismo insustancial de los espíritus vulgares. Por el contrario, hay solidez en sus ideas, nervio y seguridad en su frase, por lo general ámplia y sonora.

Todas estas cualidades las demostró en la redaccion de *El Siglo*.

No hubo tiempo, sin embargo, para que Pablo De-María nos diera la medida de sus fuerzas en su mayor tensión. El motín lo arrebató de la prensa y lo llevó al extranjero, donde continuó fulminando á los verdugos de la patria, ántes de emprender la marcha de soldado de las instituciones.

Después, no ha vuelto á escribir como redactor de diario, pero sus cualidades de periodista se han de haber aquilatado con el estudio y los años, adquiriendo otras que generalmente no se tienen en la primera juventud.

En *El Siglo*, además de la representación que como co-redactor le era dada, tenía una propia, muy honrosa por cierto: la de la generación que salía entonces á la vida pública.

Pablo De-María podía representarla dignamente; podía levantar su cabeza en nombre de ella desde las columnas de *El Siglo*, porque joven también, apenas de 20 años, recién salido de las aulas, era un brillante heraldado del porvenir: tenía su luz y su fuerza.

De ello dió pruebas inequívocas, abordando con seguridad árdidas cuestiones sociales, manteniéndose con vuelo en la propaganda y avanzando con éxito en la polémica al lado de los viejos combatientes.

* *

Digo los viejos combatientes, y aunque dijera los combatientes viejos, no habría alusión al actual redactor de *El Siglo*, porque yo respeto mucho al Excmo. Sr. D. Jacinto Albistur, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en sede vacante, para llamarle viejo, y porque no lo es, quien, como él, se mantiene firme en el puesto que ocuparon Elbio Fernández, Fermín Ferreira, José Pedro y Carlos M. Ramírez, Julio Herrera y Pablo Demaría, sin dar más muestras de cansancio que las que podría dar cualquiera de estos al empezar su carrera periodística.

Albistur es fuerte como el roble. — Soldado, podría llevar la armadura; periodista, no le pesa el diario. — Vino la edición de la tarde y podría venir la de la noche, que él no había de asustarse por un editorial más.

No quiero yo decir que *El Siglo* fuera un diario irreflexivo, pero la verdad es que cada uno de sus redactores le imprimió el sello de su personalidad: tocóle á Albistur imprimirle la sensatez y el sentido práctico.

Sus artículos, en efecto, son, ante todo, sensatos y prácticos.

Nada de exageraciones, ditirambos y escarceos. Lo positivo, lo justo, lo hacedero, lo posible, (se me fué la palabra) expuesto sencillamente en un lenguaje llano, claro, convincente y por lo general bello en sus giros y en su estructura. No hay que agregar

que es también castizo, porque dudarle sería hacer ofensa á los blasones del literato y del caballero de tantas cruces y encomiendas, ganadas con su ilustración y su talento.

Es Albistur un hombre sumamente irritable y un hombre sumamente tranquilo á la vez. Su voluntad domina los nervios: hé ahí el secreto de esa calma, de esa imperturbabilidad con que siempre se nos presenta.

Llevado de su temperamento, echaría diez peleas por día, con todos, con los otros diarios, con la imprenta, con los vecinos. Ustedes no lo creerán, pero ese es el fondo de nuestro gran posibilista, un fondo de demagogo y hasta de petrolero, — por temperamento se entiende.

La voluntad, la inteligencia, eso ya es otra cosa. Rechazan las sacudidas de los nervios, sofocan el corazón y dirigen movimientos tranquilos, mesurados, juicios imparciales, expresión calmada, á veces contenida y á veces prudentísima hasta el exceso.

Las huellas del oficio! No es uno diplomático durante veinte años y se anda entre cancillerías, palacios, secretos de estado, finas sonrisas que ocultan aviesas intenciones, para venir después á echar la casa por la ventana á la menor desazon. La segunda naturaleza prevalece y cobra imperio sobre la primera.

No intento yo, sin embargo, atribuirle tartufería ni maquiavelismo al actual redactor de *El Siglo*. Lejos de eso, por entre las mallas de su estilo diplomático, aparece casi siempre la natural franqueza de su carácter.

Las formas — *las formas de negociado*, es lo que conserva el periodista. — Sus artículos, aparte las condiciones literarias, han de tener, en su trabazón, las de protocolo, las de *despacho de embajada*. Ni una palabra de más ni de menos, pero dejando claros para poner ó quitar la que ocurra y sea necesaria.

Agreguen ustedes ahora, conocimiento del mundo, espíritu de observación, galas de poeta, criterio seguro en materias literarias, balancín de Blondin, de la Spelterini y de Miguel Alvarez, y comprenderán fácilmente que quien reúne estas cualidades, bien ha podido mantenerse firme entre periódicos que se van y periódicos que vienen, entre gobiernos que salvan y gobiernos que matan. — ¿A quién? — Pregúnteselo á Albistur!

Y tal periodista fué el que vino á la redacción del gran diario en la época de Julio Herrera, si nó antes.

Entonces la política estaba á cargo de Herrera y Obes. Después quedó sólo Albistur y fué aquella de su exclusivo resorte.

¿Cómo la dirigió? Ya lo han visto ustedes. — El diplomático ha hecho buenas campañas.

Inauguró las revistas de la prensa, que fueron durante la dictadura de Latorre una válvula por donde se escapaba el sentimiento público, siquiera fuese en forma de una reticencia, de una ironía, de una palabra dicha con toda la apariencia de la mayor candidez del mundo.

El *posibilismo* (aquí nos descomposimos) ya asomó por aquellos tiempos, pero fué más tarde que se erigió en cuerpo de doctrina.

Dice Albistur que todos rechazan la palabra, pero que aceptan la cosa. — “Á la fuerza ahorcan” — añade. — Démoslo por cierto. No habría de deducirse de aquí que fuera cosa buena el posibilismo y cosa honesta el predicarlo, cuando, si no ahorcan, andan á palos por las calles.

En semejantes gratísimas emergencias, yo habría deseado que el diplomático hubiera hecho paso al demagogo, y si me apuran mucho, al petrolero, supuesta la permanencia en su sitio de combate, como lo es la prensa. — Situaciones extremas, no admiten más que la eliminación ó el extremo.

Primum cedere, deinde philosophare, repite Albistur, aplicando este aforismo á la sociedad, y de ahí que contraiga su pluma á apuntalar lo bueno con todas sus fuerzas y á combatir lo malo á *media fuerza* y según las circunstancias. — “Lo que no tiene remedio, remediado está.” — De acuerdo, pero esto es un hecho, y arriba del hecho, por brutal que sea, está siempre el deber para honor de la humanidad.

No necesita, con todo, de excitaciones extrañas, cuando se trata de apuntalar lo bueno. — Díganlo sus campañas con *El Bien Público* y con todos los clericales juntos.

En ese terreno, como en tantos otros separados de la política ardiente, pelea *El Siglo* sin descanso y sin cuartel.

Argumentos, salidas, citas, vueltas, discusión acalorada, tranquila, académica, silogística, canónica, todo lo emplea y con acierto y con éxito. El campo enemigo apaga sus fuegos y queda en silencio!

¿Vuelve al combate ó tan siquiera corre á las armas? — Pues no bien se forma el primer grupo y aparece una avanzada, cuando ya el diplomático redactor, convertido en intrépido guerrero, está sobre ella, dando la voz de alerta á amigos y extraños, y haciendo un nutridísimo fuego desde las sendas columnas de sus editoriales,

que frustra todas las tentativas y todos los amaños de los enemigos de la enseñanza pública y la libertad religiosa.

Nadie le escatima sobre este punto sus aplausos, porque los merece, porque en verdad es el defensor más convencido y más constante de la reforma escolar, nadie se los escatima, y yo soy el primero en tributárselos, aunque no parto muchas migas con su posibilismo y con su marcha á *media máquina* en los días de tormenta.

Pero terminemos estas notas, si es que de notas no haya de pasar mi pluma, y caractericemos de un solo rasgo al distinguido periodista.

Defiende la buena causa, sin tocar á zafarrancho, eso sí, pero la defiende.

Á él se debe una modificación saludable en nuestra prensa: más respeto por las opiniones ajenas, más cultura en el lenguaje, ménos personalismo en la polémica.

El Siglo en sus manos es una fuerza que pesa en la opinión pública.

Sobriedad, galanura, tacto, intencion, privilegio de hacerse leer en materias áridas de suyo, nada de esto le falta. En cuanto á *posibilismo*, tampoco le falta, sino que le sobra!

Ahí tienen ustedes al actual redactor del diario fundado por Mr. Vaillant hace veintuno ó veintidos años. Conserva la tradición del honor y la libertad, y esto lo dico todo.

* *

— La síntesis ahora, ¿no es eso?

— Nó; ahora guardo mi lápiz para seguir con otros diarios.

— Pero no basta hablar de los periodistas. Es necesario decir algo del periódico mismo, de *El Siglo* — qué hizo éste en sus diversas épocas, qué principios sostuvo, qué bandera levantó, etc.

— Sin duda. — Yo lo reconozco; es necesario decir eso y mucho más. Ustedes han de tener, sin embargo, bastante paciencia para esperar un poco. Tengo que hablar primero de los redactores de *La Razon*. Despues, volveré á *El Siglo* para ocuparme de la política de este diario.

— Y la unidad y la lógica? — Cómo puede olvidarse así, cómo dividir un asunto intercalando otro extraño?

— Vaya unos escrúpulos! — Cómo puede ser presidente un chu-

chumeco? — Á ver! Pues esto sí que es más *irregular* que pasar de un asunto á otro.

— Nó, señor; porque un presidente chuchumeco se explica por....

— Ya lo creo que se explica, y tanto! solo que ustedes no me han de pedir á mí la lógica de la mazhorea, sino del asunto, del estilo, cosas en que no hay que reparar en estos tiempos, so pena de que miétras estén ustedes encadenando dos ideas, les encadenen..... qué? nada, porque ya está todo encadenado.

Conque así, no me pidan lógicas ni unidades de asunto, y esperen á que hable primero de *La Razon* para volver despues á la política de *El Siglo* en sus diversas épocas.

— Saldrán tambien en los *Anales* los retratos de los redactores de aquel diario?

— Sí; en los *Anales* ó en cualquier otro periódico, pero renovaré una advertencia. — Yo no hago retratos, sino líneas y rasgos; á lo sumo, bocetos. No manejo el pincel, sino el lápiz. Para figuras de cuerpo entero, diríjense á Sanson Carrasco, que las hace buenas. — Ejemplo: Arabí Pachá, tomado del natural semoviente!

La neurosis taurina

POR EL DOCTOR DON LUIS MELIAN LAFINUR

Et enim vidit illum sanguinem, immaculatam simul ebibat, et non se avertit, sed fixit aspectum; et hauriebat furias, et nesciebat, et delectabatur scelere certaminis, et cruenta voluptate inebriabatur..... Quid plura? Spectavit, clamavit, exarsit, abstulit inde secum insaniam qua stimularetur redire, non tantum cum illis á quibus prius abstractus est; sed etiam præ illis, et alios trahens.

Así que vió correr sangre, lleno de ferocidad, fijó atentamente su vista en la arena, y sin apercibirse del furor que le embargaba, gozábale en la barbárie del combate embriagado en cruel voluptuosidad... ¿Qué más? Fué un espectador entusiasta que se exaltó y gritó en grande, adquiriendo pasión por volver al circo, no sólo con los que lo habían acompañado, sino con otros á quienes él seducía.

SAN AGUSTIN.

Aurelius Augustinus fué gran calavera en sus mocedades; pero de serlo arrepintiése á tiempo; y como de los arrepentidos se sirve Dios, que en su magnánima indulgencia no verifica cuándo es que el diablo harto de carne se mete á fraile, tenemos nosotros, los devotos y piadosos del mundo católico, el inefable consuelo de contar á Augustinus entre los padres de la Iglesia y entre las lumbres de nuestra sublime religion.

Después de corregido de sus pecaminosos devaneos, ocurriósele al doctísimo varón, que bien pudiera un día llamarse San Agustín y figurar entre los santos de la corte celestial. Así resultó más tarde, ingresando á la susodicha corte, para demostrar prácticamente con su presencia allí, que de disipado á santo no hay más que un paso. Y aún cuando en el momento de la canonización hubo sério altercado sobre la universalidad de ese principio, se resolvió no obstante por mayoría de votos, y es hoy moneda corriente, que

una vida regularmente matizada de zandungas y bureos, es preparación indispensable para obtener puesto en el Santoral.

Sin su agradable juventud, empero, Augustinus habría sido santo de todas maneras; porque siquiera no se acepte la ley de herencia como de aplicación general, siendo como es ley positivista y por ende herética, ha de aceptarse en el caso concreto de San Agustín, que como hijo de Santa Mónica, tenía por fuerza que seguir las tendencias é imitar los actos de tan excelente señora.

Los nietos de la santa, sí, parece que no siguieron adaptándose á la ley de herencia, y eso por dos motivos: fué el primero, que esa ley sólo habría de cumplirse en la familia una vez, como caso de excepción; fué el segundo, que faltando ciertas formalidades á los matrimonios de San Agustín, jamás pudo justificarse en sus descendientes la identidad de las personas, lo cual se atribuye á la carencia de las partidas de nacimiento, por no haberse promulgado á la sazón ley alguna de registro civil en las ciudades que recorrió el santo.

Una vez iniciado en la buena senda, el hijo de Santa Mónica se dedicó á la propaganda pública y al consejo privado. Para consejos le vino de perlas un amigo que los había menester. Llamábase el tal Alypius, y es el mismo frenético por los espectáculos de sangre á quien aluden las palabras que vienen de texto á la cabeza de estas líneas.

San Agustín llama á Alypius su amigo. Lo sería, sin duda, nó porque le diese consejos, que esos se dán por los desocupados gratis á todo el mundo, ó se dán por dinero cuando hay quien los pague. Creo que sería su amigo, por cuanto á un canonizado no puede ocurrírsele, como á Saint-Evremond, que las amistades sólo sean intereses concertados; y además, á quien tiene ganado el cielo, ¿qué linaje de interés puede seducirlo en la tierra?

Sentado, pues, que Alypius merecía la amistad de San Agustín, justo era que éste tratase de convertirlo en un San Alypius. Pero ¿cómo encontrar en olor de santidad á quien se regocijaba viendo un gladiador que se las hubiese con un tigre hircano, ó dos gladiadores que se las hubiesen entre sí?

Fuó por eso grande el esfuerzo que hiciera por disuadir al joven de su asistencia á los espectáculos sangrientos á que se había aficionado, á pesar de que reflexivamente los abominaba, fuera del momento de presenciarlos.

En sus *Confesiones* cuenta el santo cómo le viniera esa afición

á su protegido, y resulta que le vino desde una vez que asistió por compromiso al circo, pero con el propósito de no fijar los ojos en la arena. Fijólos no obstante, en momentos en que popular aclamación festejó un episodio interesante de la lucha. Y desde ese día fué el más bullanguero de los espectadores, como si dijéramos el Don Líquido de los círcos de aquella época.

Por los ejemplares que ahora veo en la fiesta más imitativa de la que encantaba á Alypius, me imagino lo que él sería. Mas no se crea que son los asistentes á las corridas de toros los únicos que ante mi vista se han aparecido en carne y hueso para abonarme la verdad viviente de mis lecturas de los Santos Padres sobre la barbarie permanente de la humanidad, á despecho de sus progresos en múltiples sentidos. Es que la marcha moral del mundo no corre paralela con la intelectual. El corazón adelanta poco. Se reproducen á través de los siglos los seres sensibles y dulces como Virgilio; pero también laten pechos que abrigan las pasiones brutales de Atila y los instintos feroces de Neron. Esto es citar dos profesores exímios en el arte de incomodar al género humano; maestros sobresalientes que han dejado discípulos empuñados en sus maniobras políticas y prácticas sociales, únicamente por falta de escenario y de materia prima, que nó de disposiciones visibles y felices. Y llegando á las capas inferiores, ¿quién se atreverá á demostrar que hoy mismo una brega de gladiadores no atraería la muchedumbre que Juvenal fustigaba, viéndola sin ideales en el alma, y contenta con pan y círcos, *panem et circenses*?

Los modestos espectáculos de la actualidad que quedan como restos de las épocas de barbárie, tienen su público que sería más asiduo si fuesen gratis como cuando los costeaban los emperadores romanos. Y la parte criticable que en tales espectáculos encuentran los verdaderos aficionados, no es seguramente aquella en que el moralista pudiera hacer mayor gala de sus sentimientos humanitarios. Una corrida de toros resulta insípida cuando el ganado es manso, no ha manchado la arena desbordante sangre de caballos, ó no ha habido incidentes que hayan puesto en peligro la vida de un lidiador.

Si fuera posible ver sin riesgo las carnicerías que el siglo XIX juzga compatibles con su progreso, una de esas batallas en que mueren los hombres por millares; si hubiese un local seguro para observar sus sangrientas alternativas y peripecias, ¿quién negará

que al colosal y cruento drama no le faltarían espectadores, siempre que se considerasen, por supuesto, garantidos contra las balas perdidas? ¿Cuándo se descuelga por las calles de una ciudad muchedumbre más alegre y bulliciosa que la que asiste á una ejecución capital? Pues una batalla no es más que una brega de modernos gladiadores que toman para sus ejercicios de mortífera gimnasia, una extensión de terreno mayor que la ocupada por un circo; pues una ejecución no difiere actualmente de las que presenciaban los romanos, sino en que el reo es un pobre diablo ultimado en un aparato que se llama horea ó guillotina, como ántes era presa de las garras de una fiera.

Estas y otras observaciones que voy hilvanando, así como me ván viniendo, sugiéremelas hoy San Agustín por las analogías que descubro entre ciertas cosas de su tiempo, que se parecen algo á las del mío. Y lo que jamás me ocurriera hasta ahora, esto es, que un santo pudiera sugerirme nada, resulta perfectamente indiscutible, de donde infiero que alguna cosita podre deberles el día ménos pensado á las santas, que como milagrosas que son y buenas, no han de gastar ménos benevolencia conmigo que los santos; y no encontraría yo del todo malo que cualquiera de ellas se presentase á iluminarme, siquiera no fuese aérea ni viniera zahumada de incienso, que para mis modestos arrobamientos de creyente, bastárame de solidez irreprochable, como la virgen de Lourdes que vió Bernadette á causa del oficial de caballería.

Pero dejando esto de lado, he de asegurar que incidentes y arrebatos parecidos á los de Alypius y otros energúmenos de su tiempo se vén con frecuencia en la plaza de toros, y el ejemplo cunde, y todo es gritar uno, que alborotan cien, lo que por otra parte no me extraña, como quiera que un loco hace ciento, y de enfermedades contagiosas, librenos Dios.

Algunos entienden, sin embargo, que no nos verémos libres, y que tenemos encima por los días que corren una terrible dolencia todos los hijos de Adán.

Neurosis se llama la tal epidemia; y en concepto de reputados filósofos y escritores, estar aquejado de ella produce ventajas envidiables. Parece que se las produjo á Alfredo de Musset.

Zola afirma que lo que coloca al poeta de *Las Noches* «en el alto puesto que ocupa y lo hace caro á todos los corazones, es el haber vivido de prisa habiendo sintetizado la juventud y la locura del siglo.» «Que fué, agrega, en esta época de *neurosis*, la má-

quina de más tensión y más vibrante.» Y concluye por decir «que todos nos reconocemos en él.»

Pase lo del siglo *loco*; pase también lo de la época de *neurosis-mo*, y sírvannos estas concesiones generosas para que sin verse en mí un opositor sistemático á Zola, se me permita protestar contra lo que todos nos reconocemos en Musset; porque si bien puede cristiana indulgencia pasar por alto ciertas gracias del ilustre poeta, que deben tomarse como imperiosas exigencias fisiológicas un tanto tolerables y de difícil represión por lo generalizadas, en cambio es de todo punto impropio que haya quien se complazca en ver su imagen moral estampada en la fisonomía más ó ménos abotagada de un ébrio consuetudinario; y hasta calumniosa resulta la trasfusión, aplicada principalmente á los que por virtud sólo beben agua arrojando el inconveniente de las malas digestiones.

No faltará quien crea que esta historia de las *neurosis* es obra maléfica y exclusiva del moderno positivismo que tanto ha dado en cundir. Pues nada de eso. Castelar, que suele ser muchas cosas al mismo tiempo y en el mismo lugar, pero que siempre es espiritua- lista, en medio de sus veleidades filosófico-religiosas, Castelar, tam- bien utiliza los nervios pródigamente, sobre todo en la elocuencia, y hace un inmenso hospital de los hombres más inteligentes. Hé aquí sus propias palabras: «Todo talento sobrenatural es una en- fermedad en una entraña.» La lógica de este principio no se hace esperar mucho, por lo cual encuentra el célebre orador óperas que son el resultado de un aneurisma, poemas escritos con bñis, histo- rias que destrozan el organismo, y discursos que son el resultado de un ataque de nervios.

Como se vé, Zola y Castelar, cada uno de su punto de vista, regulan enfermedades por mayor, sin duda para consuelo de los que habitan los hospicios como convalecientes y alienados que pue- den enorgullecerse de alimentar el núcleo germinador de las *Cati- linarias*, *La Divina Comedia* y el 4.º acto de *Los Hugonotes*.

Carguen ámbos escritores con la responsabilidad de convertir al mundo en un vasto manicomio ó en el establecimiento de beneficencia que más les acomode; no ha de ser yo quien recorra tan dilatado escenario para persuadirme de la universal desgracia; pero si limi- tan las dolencias á determinados momentos y á especialísimas situa- ciones, cuenten conmigo para que los apoye, si nó con entusiasmo, por lo ménos con la más dolorosa y triste sinceridad.

La gloria, v. g., fué para los franceses de la Revolución y del

Imperio, una *neurosis* á que muy pocos escaparon. La Francia no se curó de ella por completo, hasta que los cirujanos de la Europa coaligada no le practicaron la gran sangría de Waterloo y los fa- cultativos ingleses no encerraron al francés más loco de todos, poniéndolo chaleco de fuerza en Santa Helena.

Otros pueblos tienen la *neurosis* del reposo que los conduce á soportar por pereza, lo que no es decible. Y de algunos se sabe que llegan hasta la cobardía. Sea todo por amor de Dios, ó del pellejo, si de los tímidos se habla.

Estas *neurosis* de entusiasmo belicoso ó de miedo cerval invaden en gran escala, y á veces duran por años.

No estoy dispuesto á ocuparme de ellas por incompatibilidad con el compromiso que con San Agustín tengo contraído, ya que él me puso la pluma en la mano para comenzar esta charla.

La *neurosis* de Alypius y sus congéneres de la época actual, es la única que debo por hoy preocuparme.

Pero ántes de recorrer sucintamente sus efectos en la plaza, séame lícito preguntar qué clase de *neurosis* padecen los apologistas y los detractores de la tauromáquica diversion.

Cuenta Teófilo Gautier en su auto-biografía, que la pasión que lo dominaba por los toros, valióle ser designado en la *Revue des deux Mondes* como «un ento gordo, jovial y sanguinario.» Sanguinario! . . . Esta es simplemente *neurosis* de tontería, si las hay.

Pero es más grave sin duda la de los que encuentran edificante el espectáculo. Nada es para ellos el martirio de toros y caballos, y la facilidad de que por divertir á otros, pesque un lidiador una cornada. Nada absolutamente, al lado de las inmensas ventajas resultantes de retemplar el espíritu de miles de hombres con un espectáculo heroico.

Me inclino á creer que los toreros acrecentarán su valor en la constante tarea de desafiar el peligro; pero en cuanto á los que miramos la fiesta desde el tendido, parecemo que hacemos poco acopio de heroismo. Á no ser que por tal se tome la prodigalidad de los insultos que algunos se permiten contra los lidiadores. Tam- poco estoy en este punto conforme, y eso por una razón simple- mente personal, y es la siguiente: Hace cosa de doce años que tomé parte en una corrida, tardando ménos en hacer dos capcadas, que el torero en regalarme dos cogidas con rotura del chaleco, que nó de las costillas felizmente, aunque las astas más puntiguadas que un estileto, sobradas eran para agujercarme el pellejo, segun el

desarrollo adquirido en los dos años que contaba de edad el endiablado toré. Pues en tan solemne ocasion, lo declaro ingénuamente, todo habría tolerado ménos que me motejasen de asustadizo ó de torpe. Por suerte, así los espectadores, como los compañeros de lidia procuraron explicar los accidentes, por la desigualdad del piso de la improvisada plaza, y nó por otros motivos que guardaron todos *in pectore* y que hoy á la distancia juzgo los más acertados.

Me olvidaba: además del incidente expuesto, tengo otra razon personal para suponer, que en cuanto á los espectadores atañe, las corridas no sean favorables al desarrollo de los sentimientos viriles; y es esa razon, la de que no he notado cambio en mis inclinaciones pacíficas desde que asisto á los toros. Bien puede ello consistir en que acudo sólamente con el propósito de distraerme, pasándome lo propio que cuando voy á la zarzuela, al *vaudeville* ó al hipódromo. Sin duda por esta sencillez é ingenuidad conque concurre á fiesta tan dominante é instructiva, es que no saco de ella el provecho de otros que en cada corrida se retemplan para un caso de apuro.

Siempre he juzgado que ir á los toros es más ó ménos como ir á cualquier parte en que uno se divierte; y por detractor de lo que se vé en la plaza, garanto que no ha de darme, porque habiendo en este pícaro mundo tantas cosas peores que plazas de toros, si á censor de las lidias me metiese, y en tal faena gastase mi enérgia, ¿qué alientos restaríanme para atacar lo realmente perjudicial y reprochable?

Por esta actitud desapasionada en que me mantengo, y de que no deseo salir por mi misma tranquilidad, he podido observar con atencion *la neurosis taurina!* Es decir, que como no se puede repicar y andar en la procesion, ó lo que es lo mismo, estar con la vista en el toro y en todo el público á la vez, mis estudios se han referido especialmente á los aficionados que he tenido más cerca; preciosísimos ejemplares, documentos — como diría Zola — inestimables para hacer la delicia de un espíritu más penetrante y analítico que el mío.

Ha sonado la corneta. El toro está en la arena.

- Que es bien plantado.
- Cáspera que tiene piés!
- Que vé.
- Que no vé de un ojo.
- Tomará varas.

— Por lo visto no quiere nada con la gente de á caballo.

Silencio momentáneo. El toro, que no se ha preocupado de esos y parecidos juicios críticos, embiste ferozmente matando al caballo y dando en tierra con el picador.

Vuelta á las retahilas.

— Que el caballo ha apretado al ginete.

— Que en el porrazo se ha roto la cabeza contra la valla.

Uno de los amigos que me acompaña ríe del caso á mandíbula batiente. Ha prescindido de las cuestiones de heroísmo, y no vé por el momento en el pobre picador más que un hombre que gana su vida haciéndose aporrear los domingos por los toros, con la casi seguridad de que la avería personal no será definitiva. En el trascurso de treinta años muere un ginete en la plaza. La proporción es consoladora.

En cuanto á los caballos, cierto es que mueren en cruel agonía. Deberían inspirar compasión. Pero de todos modos, entre el matadero y la plaza, la última es más dignificante para la raza hípica. De manera que las carcajadas á que aludo son espontáneas, sin malicia, é hijas de la parte ridícula del espectáculo, que no es mucho ver ridiculeces en la plaza, cuando otros las ven en el mundo entero. *Ce monde-ci n'est qu'une œuvre comique*. dijo el poeta lírico Rousseau.

Sin embargo, habiendo tantas opiniones como cerebros más ó ménos descompuestos, hubieron de parecerle mal las risas á un caballero del palco vecino.

— Ríe porque no comprende la importancia de la suerte. Ya me dará satisfaccion á la salida.

— Oídos que tal oyen, le dije al de las risas.

Por fortuna, á la salida, con la confusion y el gentío, perdió la pista el del palco. Á no ser así, el incidente habría tenido comienzo. Porque era el ofendido uno de esos españoles que me gustan, de buen cuño, que van á los toros por patriotismo y consecuencia á las costumbres nacionales; de esos que se han tragado que el Cid Campeador y Carlos V fueron tan toreros como Lagartijo y Frascuelo; de los que entienden que Wagner jamás producirá nada superior al himno de Riego, y están persuadidos de que los toros del Duque de Veraguas resultan bravos por la tierra en que han nacido, y nó por ser el efecto de una seleccion escrupulosa de muchos años para que sigan el destino que su señor y dueño les depara.

En materia de nacionalidades, mi amigo tiene desgracia, y hace

poco tiempo que un hijo de la Gran Bretaña le buscó pleito también, á causa de un gallo de mala ralea, ciudadano natural del Uruguay, que dió en llamarse gallo inglés y cacareó en el Renidero.

Felizmente, llegó á oídos del ofendido que el presunto ofensor, por más señas sectario del cosmopolitismo, no había tenido nada que ver en la mistificación de la pátria del gallo, cuestión para el baladí, como que no concibe pátria más chica que el mundo. Pero, digresiones á un lado.

Vuelvo á la plaza. Ya están contentos todos los neuróticos. La sangre ha desbordado, rompiendo la virginidad del espectáculo.

Esto de virginidades tengo para mí que es cuestión seria y más intrincada de lo que parece. Porque tan apreciables como son algunas, hay otras que harían la desgracia de quien pretendiese ostentárselas como un timbre de honor. Un alma virgen es deliciosa para los poetas. Pero en la plaza de toros el sentimiento estético y la delicadeza de las impresiones se extravía; de manera que una pía virgen, por ejemplo, sería un contrasentido.

Allí place una garrocha teñida de colorado; y buena la tiene con el público el picador que sale del redondel sin hacerla salpicar con sangre de la fiera embravecida. Pero qué ¿mucho que suceda eso allí? En el vasto escenario del mundo, á un guerrero llámasele cruel y sanguinario, cuando se excede en la violación del quinto mandamiento. Que no viole el decálogo, y entónces sale corrido. ¿Dónde hay mayor ignominia que en la exhibición de una espada virgen?

Esto venía á propósito de los picadores; pero como ellos ya se han retirado de la arena, tócale á los banderilleros dar motivo al entusiasmo de los aficionados.

Ya cita el diestro á la fiera; furiosa acude; no lo embistiera tan pronto, y no ostentara su cerviguillo un par de dardos que la hacen bufar de saña. Méenos tarda la acrada lengüeta en penetrar el cuero dolorosamente ojalado, que el público en estallar con muestras de admiración frenética y ruidosa.

Con el entusiasmo desaparece toda idea económica sobre los consumos improductivos, y cientos de espectadores tiran sus sombreros á la plaza.

Uno de mis amigos, á quien observo cuidadosamente, quiere también tirar el suyo. Procuro contenerlo. No hay argumento atendible: el mérito debe premiarse con la destrucción de un sombrero. Por suerte, un individuo, de frenesí más acentuado, después de tirar

cuanto encontró á mano, empezó á desnudarse para arrojar la ropa; y así que viole mi amigo lanzar el saco, sus nervios momentáneamente se calmaron — le tiene horror á las pulmonías — y viéndose excedido en las demostraciones, dejó en paz el sombrero.

Caro me había de costar este triunfo. Porque comprendió efectivamente que debía contenerse para no comprometer su carrera y ponerse en contradicción con su aspecto. Me olvidaba decir que tiene aptitudes para la diplomacia y se está haciendo de peso. Es joven y guapo mozo; pero la calvicie ha hecho en él algunos estragos, empieza la canicie á invadirlo y el abdomen demuestra ya propensiones á la exhibición. Todo esto á él no lo preocupa, ni á mí tampoco; porque lejos de afectar su porvenir le dá una apariencia respetable y adecuada á sus propósitos.

Cara, como decía, habría de costarme la salvación del sombrero. Cesó, es cierto, en sus demostraciones públicas y ruidosas; pero tomó un semblante triste como el de una despedida, los ojos se le hundieron, palideció, con la mano izquierda se pegó en la frente que un sudor copioso bañaba, y escuchéle balbucear palabras en latín, entremezcladas con suspiros angustiosos.

¿Qué sucedía? ¿á qué respondía aquella súbita transformación? Simplemente á que se reconcentraba en plena época de los Césares y evocaba la historia romana, en que es versadísimo como en otras materias que abarca su envidiable ilustración.

Un nutrido aplauso lo sacó de su momentáneo anonadamiento. Se había tocado á matar, y el primer espada hacía á la presidencia el saludo de costumbre: aquel del público en general y vaya por los forasteros.

— Mira, me dijo entónces, qué valor tiene aquel hombre; vá á una muerte desastrosa, y le habla al *imperator* con voz firme y segura. ¿*Imperator*?... no lo veo felizmente; aunque sí, ya caigo, le dije: aludes á Sayago, suponiéndolo monarca de la nación lubola; pero te advierto que el saludo no es á él.

No me oyó; pero en cambio había oído al lidiador decir: *Ave, Cesar, morituri te salutant.*

Quién lo habría convencido en ese momento de que los toreros no hablan latín?

Pero adelante: la suerte de matar ha comenzado. Pases ván y pases vienen. El toro es marrajo, y cuando conviniera que embistiese, precisamente resuelve quedarse quieto y receloso. La espada está de más en manos del diestro.

Aquí de la indignación popular contra el toro. Y sigue, y llega hasta el lidiador, que viendo la cosa larga, arriesga un pinchazo que no dá resultado. Nunca lo diera.

Empiezan las protestas:

— Eso se hace en el matadero.

— Por cobarde y sin vergüenza! Bien empleado te está!

— Asesino! ladrón.

Se necesita otra víctima, y le llega su turno á la que en tercer término han elegido quinientos energúmenos, que gritan á voz en cuello:

— Esto es robarle su dinero al público!

— Ese no es toro!

— Que se lídie al presidente! á la plaza el presidente!

Preocupado con tales escenas, y dividida mi atención entre la suerte y las vociferaciones del tendido, había dejado por un momento de seguir las alternativas del cerebro enfermo de mi amigo.

Dóime vuelta, y le miro. La palidez inicial habíasele tornado en cadavérica. Profundamente conmovido, decía:

— Qué horrible! Qué horrible es el clamor de la plebe enfurecida! Ya la siento gritar: *christiani ad bestias! christiani ad bestias!*

Un beato, ajeno por convicción á los retrospectos sobre historia antigua, encontró que aquel hombre deliraba. Como hermano del santísimo, un cofrade tesorero le había adelantado los tres pesos de la entrada, tomados en los fondos sobrantes de la suscripción para un altar. Se creía en paz con su conciencia y garantido contra la plebe romana.

En esto suena un aplauso en media plaza y una silva en la otra media.

— Ya respiro! — dijo mi amigo — el gladiador ha vencido; míralo vuelve contento de su triunfo!

Efectivamente: herido por el vigésimo pinchazo — eso sí, muy bien señalado, como los anteriores — el toro caía al suelo debilitado por una extravasación de sangre que databa ya de una hora. El matador volvía cabizbajo.

Con este cuadro final creí yo que terminaría el acceso de mi enfermo mientras no saliese otro toro, y me animé á hablarle:

— Concurrida la plaza, eh?

— Sí, me contestó, pero las vestales no deberían asistir al anfiteatro.

— Vestales?

— Sí, fijate en aquel lugar: ¿las ves? están vestidas de blanco y coronadas de verbena. Las he sorprendido sonrientes en los momentos más terribles de la lucha: no tienen corazón! Ni una lágrima de piedad ha surcado sus mejillas, ni un estremecimiento de dolor ha hecho caer una hoja de sus coronas! No tienen corazón! no tienen alma!

Buscó mi vista el punto que me indicaba. Era un paleo que contenía cuatro personas del sexo femenino, jóvenes, vestidas con todos los colores del arco iris, y acompañadas por una dama de más edad.

Seguía él mirándolas, y las apostrofaba por su actitud insensible.

— No les hagas reproches inmerecidos, le dije. Parece por la manera como rien, por la franqueza de sus miradas, y por otras circunstancias, que para sacerdotisas de Vesta han perdido hace algún tiempo el requisito indispensable, y fuerza será que renuncien al derecho que tu generosidad les concede, de mantener el fuego sagrado.

— Son de nacionalidad húngara y se dedican al comercio de pieles, observó un entrometido que estaba próximo á nosotros, y á quien ocurriósele que tratábamos de la patria de las aludidas.

— No las mires, dije entonces, pueden suponerte un interés mercantil, y alguna, hasta tomarte desde luego por parroquiano.

Todo era inútil con él; siguió la corrida, y siempre en pleno circo romano.

— Con estos espectáculos, exclamaba, la invasión de los bárbaros no puede tardar. Que vengan, que vengan los bárbaros! dulcificarán las costumbres si no traen gladiadores.

Comprendo que de todas las *neurosis* que se desarrollan en la plaza, la más científica es la de los que allí evocan recuerdos históricos; mayormente útil, la de los que acrecientan su valor; cara, la de los que destruyen su sombrero; anti-higiénica, por las laringitis que produce, aquella de los que gritan hasta perder la voz. Pero. . . ¿á qué continuar? ¿es acaso posible describir los semblantes, investigar las sensaciones, comprender los sentimientos de miles de espectadores contrastados, frenéticos, enfurecidos ó impasibles?

Si yo fuese filósofo positivista, que no lo soy, como que me gusta más ser filósofo católico, por la ganga de la fé, que me ahorra tiempo. Si fuese positivista, repito, quizá me atreviese á arriesgar la

idea de un vínculo común, ligando al público tauromáquico; y entonces hablaría de la ley de herencia y de lo difícil que es desterrar de pronto lo que por obra y gracia de sus ascendientes tiene el hombre de bestia, ayer feróz y hoy domesticada á medias; y seguiría disertando sobre el perfeccionamiento humano por la evolución harto lenta para mis deseos.

Entre muchas cosas heredadas sin beneficio de inventario, diría que tenemos todavía entre pecho y espalda el dios canibal del salvaje, la divinidad cruenta del paganismo — esta hoy circula disfrazada de Marte — los estúpidos ayunos y mortificaciones de la actualidad religiosa, y mil extravagancias que colocan al dolor y al sufrimiento en una categoría de utilidad social, que hará primores hasta que no se destierre del mundo por completo.

Le viene al hombre infiltrado en la sangre de sus venas un elemento sutil, mezcla de ángel y demonio. Es un *virus* de muy antigua data; y mientras el ángel — lo que vá largo — no predomine absolutamente sobre el demonio, se verá al sér humano siempre dispuesto á gozarse en el ajeno sufrimiento. Los que tienen la parte demoníaca muy desarrollada, gozan con las grandes crueldades, las dirigen y las practican. Estos entes diabólicos se suelen encontrar en el Gobierno de algunos Estados y en las Penitenciarias. Los de tendencias infernales más modestas, ríen en la plaza de toros, se divierten en el reñidero de gallos, sorprenden la última mirada de los ajusticiados y acojen con desden el llanto triste de la mujer engañada.

Qué hacerle á todo esto? Esperar, dicen los filósofos de la evolución: el camino se andará.

Allá verémos; porque si bien es cierto que nos curamos de unas afecciones y reformamos en determinado sentido nuestras costumbres, en cambio se nos vienen nuevas dolencias y adquirimos tales hábitos, que nos quitan la esperanza de inmediato mejoramiento. Cuento al caso: mucho se confía en la influencia de la imprenta; pero otra vez las de Castelar: resulta que los escritores, por el hecho de serlo, llevan una enfermedad de las peores, como que es mortal. La medicina calificó la afección de que muriera el novelista Julio de Goncourt; pero salta Teófilo Gautier, y dice á los profesores: «Alto ahí! ha muerto de su oficio, como morirémos todos: de la perpétua tensión del espíritu, del esfuerzo sin descanso, de la lucha con la dificultad, de la fatiga de hacer rodar el bloque de la frase más pesado que el de Sísifo. Á la *anemia* se agrega pronto

la *neurosis*; esta enfermedad moderna que nace de las excitaciones de la vida civilizada, y contra la cual la medicina es impotente, porque no llega al alma.»

— Pues estoy fresco, me dije, al leer este párrafo. Condenado á muerte, *neurótico*, por civilizado y por mi inocente costumbre de borroncar papel!!! ¿Y el mundo, si nos callamos la boca todos los escritores?

Consultado el punto con un médico de confianza que varias veces me ha vaticinado que seré caso de longevidad, me explicó que la *neurosis* era puramente de los escritores de oficio; que en cuanto á los que como yo escriben por ociosidad y sin propósitos trascendentales, nada de malo puede pasarles, porque propiamente no son escritores, sino aprendices sin responsabilidades ni influencia en la opinion.

Respiré! La noticia, sin embargo, produjo en mí su efecto: he concluido este artículo penosamente, bajo el peso de las más fatídicas impresiones.

Así ha salido él!

En esto entra á mi casa un amigo de los que más culpa tienen en mis aberraciones literarias. Una vez me llamó escritor. Por cortesía no me atreví á desmentirlo.

— ¡Hola! escribiendo para el público!

— Escribiendo para el otro mundo, le repliqué.

— ¿Cómo así?

— Mira lo que dice Gautier.

— Es poco: mis opiniones son más raras. La palabra *neurosis* está de moda, pero no me gusta. Es palabra de hipocresía. El parecido de un poeta cuyo nombre no recuerdo, dá una idea más acabada de lo que debe ser la moderna afección, que para mí es más vieja que el mundo:

Tous les hommes son fous, et qui n'en veut point voir
Doit rester dans sa chambre et casser son miroir.

Con esta cita, me hundió. Tomé el sombrero, y lo invité á salir á la calle. Me consolé inmediatamente: muchas personas sensatas circulaban por las aceras, y algunas me saludaron con el cariño de siempre.

El realismo contemporáneo

TRADUCIDO PARA LOS «ANALES»

POR D. M.

Más de una vez me he preguntado: ¿qué es este realismo contemporáneo con sus cien formas de Proteo? ¿Es una revolución nueva en el arte, ó una excrecencia fantástica de cerebros no maduros? ¿Qué quiere decir esa guerra incesante y ácre que le hacen algunos fariseos del pasado, de esos que se espeluznan con solo oírlo nombrar? En este diluvio de versos que inundan la Italia cada semana, ¿dónde está el gran arte creador de un ideal que surja de las cosas y concierte con ellas? ¿Dónde el génio que manifieste en formas sencillas esos pensamientos eternos que la naturaleza continuamente despierta en nuestro cerebro?

Querría dar una respuesta á todas estas preguntas que no son exclusivamente mías, y la daré franca y abierta como corresponde á quien adora el arte y no quiere profanarle en sí mismo ni en los demás. Tal vez la respuesta no agradará á todos; tal vez ese cardumen de poetrastos que gritan en medio del coro apolíneo, se desate contra mí en improperios y blasfemias, alguna de las cuales me contristarán, sin que por eso me desvíe yo de lo que crea verdadero. Pero los pocos adeptos de Dios que custodian en el corazón puro el secreto del arte, no me acusarán si yo voy más arriba que á contentar la vanidad de los modernos rimadores.

El realismo, se dice, es una reacción profunda y completa contra la escuela romántica, que daba á las cosas un ideal repugnante. Por consiguiente, si el arte quiere ser creador, debe asimilarse á la naturaleza y reproducirla; ninguno de sus cuadros, por más bajo que al vulgo parezca, debe sustraerse á su dominio; el poeta, ó es la naturaleza, ó vuelve á ella. Si fabricais un arte que no corresponda á la realidad, recargándolo con fantasías caprichosas y falsas, lo matais. Todo es divino en el reino de Zeus; basta descubrirlo. La fealdad y la belleza no son más que mirajes del sen-

timiento; en la esfera del arte no hay ni lo feo ni lo bello: hay lo que vive, lo concreto, lo orgánico. Conviene librarse de esas mistificaciones del sentimiento que adulteró el arte desviándolo de la naturaleza. El realismo es todo; es el arte que surge de las cosas mismas, que las refleja en formas vivientes y las idealiza en un estilo poético.

Pero el realismo, si es tal como vosotros decís, no pertenece exclusivamente al presente: es contemporáneo del arte mismo. Examinad las grandes literaturas antiguas y modernas, y encontrareis en cada una de ellas ese fenómeno que os parece nuevo porque no lo habeis comprendido. Los griegos y los latinos que desdeñais, son precisamente poetas realistas, pues que nadie mejor que ellos se asimiló á la naturaleza, reproduciéndola en todas sus faces; ningún poeta moderno ha encontrado formas más orgánicas, más ligeras, más límpidas; hay tanto realismo en los clásicos, que puede saciarse á todos los que ván á desenterrarlo de las pocilgas contemporáneas. ¿No son poetas realistas Aristófanes, Eurípides, Menandro? ¿No son realistas Plauto, Catulo, Horacio, Propercio, Juvenal, Petronio? El hecho de que en el clasicismo mismo se haya producido la reacción romántica en un sentido más eficaz y más amplio que la realidad, prueba que las literaturas antiguas no eran frutos estables de la fantasía, sino que se trasformaban en cada estación del tiempo histórico, y contenían el germen del realismo moderno, que no es más que la evolución, ó mejor dicho, la integración más completa de lo antiguo.

Luego es precisamente la evolución histórica del realismo la que constituye lo nuevo, lo legítimamente nuevo, en el arte contemporáneo. Detengámonos un instante en este problema, toda vez que yo creo que está ahí todo el porvenir del arte, si es que no quiere entrar en una vía que lo llevaría á la impotencia.

Se dice: hénos aquí de nuevo en un guerrilleo de palabras; ayer entre clásicos y románticos; hoy entre realistas é idealistas. Pero, pregunto yo: ¿cómo se explica este batallar de los espíritus más cultos en torno de categorías diversas que no corresponden á la realidad? El hecho de reproducirse bajo otras formas los mismos problemas, ¿no significa más bien que tras de las palabras se oculta una nueva idea? ¿Por qué para unos es el helenismo el símbolo de la salvación científica, y para otros es emblema de subversiones intelectuales, morales y sociales? ¿Por qué se espantarían tanto de este helenismo si estuviese muerto y sepultado de tantos siglos atrás?

Si resucita y vuelve á penetrar por todo el mundo moderno; si nos sacude y fascina todavía, y lo encontramos más sano y más eficaz que el cristianismo que se oscurece en nuestra razon y en nuestra conciencia, quiere decir que bajo la palabra helenismo hay una revolucion profunda de ideas.

Si de otra manera fuese, no se comprendería por qué motivo, al multiplicarse las ciencias biológicas, vuelve el helenismo como signo de salvacion. No es el politeísmo de Atenas y de Roma, con sus dioses, con su constitucion política, con sus formas de arte circunscritas á aquel clima que las engendró y fuera del cual no podría rehacerse, sino el helenismo como símbolo de la "eterna juventud" en la naturaleza y de sus leyes; es la evolucion humana, científica, universal del helenismo; esto es, el culto de las formas estéticas, el sentido filosófico de las cosas, la restauracion de la naturaleza mortificada y oprimida en quince siglos de ascetismo medioeval. Y, téngase presente, que la protesta rebelde de la razon libertada del yugo teológico del mundo, no es otra cosa que el helenismo desarrollado y perfeccionado en el cerebro moderno. No es el politeísmo moderno; no son sus dioses los que queremos resucitar del sepulcro. ¿Quién sería tan estúpido para pensarlo? Aquellos dioses, aquellos héroes, aquellas epopeyas, aquellos dramas, no volverán á nuestra vida moderna, porque la evolucion histórica los ha sobrepasado para siempre, y ésta no puede violentarse contrariándose á sí misma. Lo que resucita en nosotros es la naturaleza embriagadora, vasta, serena; el sentimiento de las formas orgánicas; la realidad tal cual es; el infinito abierto, nó fuera de las cosas, sino dentro de ellas; y de aquí el despertarse las energías, creadoras y frescas, que se vigorizan con las sensaciones inmediatas y sinceras; la fé profunda en la vida no dividida en dos mundos, uno aquí y otro allá, el de la materia y el del espíritu, sino en la vida eterna del sér que se extiende por todos los fenómenos y se manifiesta en ellos y por ellos. Hé ahí cómo entiende la ciencia moderna el helenismo, y cómo lo entiende el arte que encuentra las formas correspondientes á las nuevas ideas.

Se vé, pues, que en este realismo se encierran los gérmenes fecundantes de un renacimiento poético; del concepto científico de lo verdadero es de donde debe surgir un ideal más eficaz y más vasto.

Á este nuevo ideal, le repugna el viejo ideal del cristianismo, que creció entre las ruinas científicas de la intermitencia de la Edad Media. Se disfraza con nombres diversos, pero es siempre el mismo

ideal trascendente y ascético, que hace de la vida un cementerio, de la ciencia una rebelion satánica, de las leyes cósmicas un jugueto de Dios que lo maneja á su antojo, y de la sociedad un rebaño sometido á la verga teocrática del Papa. Se llama romanticismo, se llama idealismo, se llama espiritualismo; pero buscad en el fondo, y encontraréis el mismo enemigo de la razon, de la ciencia, de la naturaleza. Él se ha hecho un monopolio del ideal, se lo ha metido dentro, y dejando sus vestiduras ascéticas, toma las románticas, y algunas veces las clásicas, para ocultar el fraude á los ojos del vulgo.

Por eso el realismo representa la naturaleza restituida á sí misma, la vida redimida del yugo medioeval, el arte reconciliado con la ciencia y engendrado por ella. Con el nombre de realismo se expresa la más vasta revolucion científica del mundo moderno, y se comprende por qué es combatido por los enemigos impenitentes de la razon y por los tartufos románticos, á quienes encanta un respiradero de cielo, una escapada por las fantasías del sueño, y un ideal aéreo, fantástico, afeminado.

Pero si el realismo moderno representa la naturaleza libertada de los falsos juicios y restituida á sí misma, no la representa como en la antigüedad. La naturaleza ha acumulado nuevas energías transmitidas desde el tiempo histórico y maduras en los centros nerviosos del cerebro, y ha llegado á una forma más alta y más verdadera. Los elementos ideales de la naturaleza pertenecen á un estado reciente de la evolucion, y al volver nosotros á ella, no volvemos á una naturaleza separada por la experiencia del tiempo, sino á una naturaleza enriquecida con las ideas que son el compendio y el símbolo de las grandes energías que se anidan virtualmente en el seno del sér, y que la evolucion despertará del letargo en que yacen, convirtiéndolas en virtudes creadoras de formas. El realismo es, pues, el perfeccionamiento más completo del Renacimiento continuado en el sentido moderno, que es como decir, de las partes fecundas de la antigüedad greco-romana, y no se manifiesta ni se cumple sino en el ideal de sí mismo. Si en el cerebro contemporáneo no hubiese una forma ideal transmitida y madurada por la evolucion, sería imposible reproducirla y reflejarla con vida y organismo.

En ese realismo que se desprecia como una decadencia del arte, se refunde la suma de las fuerzas históricas del pasado y la promesa más segura del porvenir poético. El realismo es la naturaleza

reflejada en los pensamientos que el cerebro crea. Así comprendida la naturaleza, es mucho más poética que la reproducida por el arte griego, precisamente porque está completada en una integración más vasta, y por consiguiente más ideal del arte moderno. Y bien se comprende por qué el realismo es epicúreo, en cuanto se funda sobre las leyes mismas de la vida, que no pueden dividirse de las leyes cósmicas, pues que la naturaleza es una, y la evolución no hace más que revelar los efectos diversos en la naturaleza, en la historia y en el arte.

El arte contemporáneo no busca ideales imposibles fuera de las cosas, sino que se engendra en las cosas mismas, persigue ideales humanos, no separados de las leyes cósmicas, no circunscritos dentro de los estrechos límites del sentimiento propio, sino llenos de la vida de todos y armónicos con el sentimiento de todos. Un ideal demasiado subjetivo, separado de la vida profunda de las cosas sería ineficaz y caduco; el gran arte creador lo desdeña.

Si el realismo es una necesidad histórica del tiempo, y nó una decadencia ó un accidente de inteligencias enfermas, ¿qué consecuencias pueden de ello deducirse para el arte contemporáneo?

En primer lugar, la realidad no está fuera del ideal, y ántes es el ideal mismo el que la desarrolla, la madura, la organiza en sus formas poéticas. La forma poética no es la naturaleza considerada como un grupo de fenómenos, sino como un grupo de emociones; luego es precisamente ahí, en la emoción estética, que se idealiza a naturaleza revistiendo una forma más elevada; es en el idealismo de sí misma que la realidad se hace verdad. Separarlo de ella es no sólo destruirlo, sino impedir el desarrollo de esas energías latentes con que emigra, por decirlo así, á un estado más complejo, y en el cual la homogeneidad de la materia se despliega en la heterogeneidad de la forma. Es, pues, la forma la que dá la verdad poética, y como el arte fuera de la forma es imposible, se comprende bien que no todo lo real es poético, sino sólo aquellas partes que se convierten en forma.

En segundo lugar, la forma no es un elemento que represente la realidad en lo que pertenece á la vida poética, sino un elemento orgánico de la realidad misma; es un fenómeno, es decir, el efecto de los centros nerviosos del cerebro que la crea; pero un fenómeno que produce emociones estéticas, precisamente porque el arte, articulándolo en fantasías y en ritmos, y dando á las partes repugnantes una conversión poética, lo hace lijero, alado, armonioso, y

por consiguiente, dispuesto para despertar el máximo de emociones con el mínimo de trabajo de los órganos en que se basa la ley del deleite estético.

En tercer lugar, la forma poética es una creación que existe por sí misma, sin depender de elementos que no pertenecen al arte.

Cread una forma poética y no os preocupéis de otra cosa; las ideas científicas, políticas, morales, no deben entrar en el dominio del arte, sino á condición de sacrificarse, perdiendo todo su valor. El arte, es necesario persuadirse de ello, no es ni ciencia, ni patria, ni moral; crea formas poéticas: ese es su mundo. La inmoralidad del arte es un contrasentido, pues que cuando logra despertar emociones estéticas, cualquiera que sea el argumento, la inmoralidad desaparece, y cuando no las despierta, no es arte. Todo aquello que sacude, que exalta, que fascina al hombre, pertenece al ideal. Aún lo obsceno, que por sí mismo no entraría en la constitución de la forma poética, puede convertirse en elemento de arte con tal que produzca una emoción estética. Y se comprende bien: lo obsceno se purifica en la misma emoción que se recibe, sea terror trágico, ó gracia cómica, con tal que el poeta sepa despertarla.

Algunas partes de *L'Assomoir* que los fariseos de la crítica se complacen en maldecir como inmorales, son obras maestras del arte grande y creador. El terror de la emoción correspondiente al terror de la situación, hace desaparecer lo obsceno de la materia, purificándola en la forma.

El Doctor Don Prudencio Vazquez y Vega

POR EL DOCTOR DON PABLO DE-MARÍA

No nos toca la triste misión de ser los primeros en llevar al conocimiento de nuestros lectores la noticia del fallecimiento del amigo á quien lloran todos los que alguna vez estrecharon su mano, oyeron su palabra, conocieron sus virtudes ó compartieron sus nobles ideas y sus aspiraciones generosas.

La prensa diaria ha dado cuenta, así de los pormenores de la muerte del Dr. Vazquez y Vega, como de las honras fúnebres tributadas á sus despojos.—Pero, las hojas de la prensa diaria apenas viven un día, y no debe ser tan fugáz el recuerdo del acto de justicia que acaba de cumplirse. Por esta razón queremos y debemos trazar algunas líneas. Este periódico es el órgano del Ateneo del Uruguay; el que refleja hoy su movimiento y mañana constituirá su historia. En él, pues, vestidas de luto sus columnas, debe quedar escrita una página al ménos, que guarde la memoria del compañero que no existe.

El Dr. Vazquez y Vega falleció, como se sabe, en Minas, el 7 del corriente, á las ocho de la noche. Recibida en la mañana del día siguiente la luctuosa noticia, numerosos sôcios del Ateneo se acercaron á la Junta Directiva solicitando la citación de la Sociedad á una sesión urgente. Esta tuvo lugar á las dos de la tarde, resolviéndose por votación nominal que el Ateneo tomaba á su cargo todas las honras fúnebres que debía tributarse al finado.

Á las seis de la tarde era recibido el cuerpo de nuestro malogrado compañero en el salón del Ateneo, vestido de luto y convertido en cámara mortuoria.

Durante toda la noche velaron numerosos sôcios al pié del féretro, cubierto de flores, y al día siguiente á las cinco de la tarde, más de mil personas de lo más distinguido que cuenta en su seno esta ciudad se disputaban el honor de conducir hasta la eterna morada los restos del Dr. Vazquez y Vega.

El acto del entierro fué una póstuma ovación á las virtudes del

malogrado compañero. El amor que supo inspirar durante su vida tuvo una manifestación bien elocuente.

Un álbum que, cubierto de centenares de firmas, será entregado á la familia del finado, recordará siempre que el afecto que se le tributaba al Dr. Vazquez y Vega no ha desaparecido ni se ha menguado con su muerte.

Cayó el Dr. Vazquez y Vega, lejos de nosotros, para no volver á levantarse, pero no cayó solo, abandonado. Al pié de su lecho había, junto á sus deudos, amigos fieles que le recibieron en sus brazos y no se separaron de él un instante hasta traerlo á dormir su última noche en el seno de la sociedad que amó tanto y que era para él algo como una parte del hogar y como un elemento de la vida.

Grandes servicios, todos ellos nobles y abnegados, debe al doctor Vazquez y Vega el Ateneo. No los ha olvidado ni los olvidará jamás.

En sesión solemne se despidió el Ateneo del sôcio querido que ha dejado de habitar este mundo. Aquella despedida, fué el acto oficial del Ateneo. Conmovidos acentos resonaron al pié de la tumba que iba á cerrarse para siempre, pero aquellos acentos no fueron sino la expresión de las libres opiniones de cada uno; — todas ellas dictadas por el más puro sentimiento, pero que, si estaban bien en los labios de los ciudadanos, no lo habrían estado en los del Ateneo, como entidad moral, alejada del debate ardiente de los intereses políticos.

Las ciencias y las letras son la bandera del Ateneo. — La libertad del pensamiento es su dogma. — Su aspiración es el progreso del pueblo por el pueblo.

El Ateneo ha debido honrar en el Dr. Vazquez y Vega, á su incansable obrero, al desinteresado maestro de la juventud que acude á sus aulas; pero no ha podido ponerse, ni se ha puesto, por cierto, la divisa del partidario, para tomar una parte activa en las luchas ardientes de la política militante.

La veneración de la honradez y del civismo no está proscrita del Ateneo, que es una asociación de hombres honrados, y en consecuencia, nada más justo que rendir sus miembros un tributo á la memoria del que fué personificación de aquellas virtudes sacrosantas; lo que está proscrito del Ateneo es la lucha de partido, es el debate concreto de los intereses de bando, y en este terreno no se ha colocado el centro cuyos actos exponemos.

No concebimos que pueda haber una reunion de hombres dignos, cualquiera que sea su objeto, en la que no exista distincion entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio. Para eso sería preciso condenarse á un suicidio moral, ahogando lo que no puede ahogarse: la conciencia.

El Dr. Vazquez y Vega era bueno, era justo, era austero, y hemos honrado estas virtudes. — ¿Quién puede dejar de acompañarnos con su aplauso?

Hay una ciencia de la moral, como hay una ciencia de la política, y el Ateneo no ha renunciado ni puede renunciar á hacerlas objeto de sus investigaciones y de sus debates en el terreno de la doctrina.

Son las apreciaciones concretas, que importan actos de definida lucha en la arena de la política militante, las que no caben en la personalidad del Ateneo, y esas apreciaciones no han tenido lugar al decretarse los fúnebres honores al compañero que no existe. Al Ateneo le ha bastado ver en el Dr. Vazquez y Vega los méritos que tuvo, los servicios que hizo, las cualidades relevantes de que estuvo adornado y las esperanzas que ha dejado marchitas al bajar al sepulcro.

La tribuna del Ateneo está bajo su techo y nó en la mansion de las tumbas. Los ciudadanos que en esta hablaron eran dueños de sus opiniones ó hicieron uso de su derecho al expresarlas.

No es posible, pues, desnaturalizar los actos del Ateneo. Esto debe enorgullecerse de haber cumplido con su deber. El tener conciencia de ello es la más pura de las satisfacciones.

La Sociedad Universitaria, el *Club Progreso* de Mercedes, el *Centro de Instruccion* de San José y el *Club liberal Ticinense* han acompañado al Ateneo en los homenajes rendidos al Dr. Vazquez y Vega.

Los diarios de toda la República, con muy señaladas excepciones, han honrado con sentidas palabras la memoria del finado. La prensa argentina ha hecho lo mismo.

El movimiento iniciado por el Ateneo del Uruguay no ha sido, pues, un acto aislado, sin repercusion en la conciencia pública. Esto prueba su justicia, porque sólo las grandes ideas tienen la virtud de ser prestigiosas.

En el próximo número de los *Anales* trataremos de publicar el retrato del Dr. Vazquez y Vega, acompañado de los rasgos biográficos que escribirá uno de sus más íntimos amigos.

No debemos cerrar estas líneas sin hacer constar la digna conducta del Dr. D. Alberto Palomeque. Está lejos de su pátria, pero no la olvida. Así que tuvo conocimiento de la muerte del doctor Vazquez y Vega, dirigió un telégrama al Ateneo, asociándose á su duelo y enviando la suma de cien pesos fuertes para contribuir al pago de los gastos que demandasen los honores fúnebres decretados.

Como homenaje al Dr. Vazquez y Vega, para que pueda leerlos quien en el futuro recorra la coleccion de los *Anales*, transcribimos en seguida algunos de los discursos pronunciados en el acto del entierro. Hemos creído necesario hacer en ellos algunas supresiones, que van marcadas con puntos suspensivos, sin perjuicio de la declaracion que contienen todos los números de este periódico: la de que «el Ateneo del Uruguay no se hace responsable de las opiniones que emitan los autores de los artículos que se publican en los *Anales*».

No publicamos todos los discursos, porque en algunos de ellos no es posible conservar su unidad, haciendo las supresiones á que nos referimos.

Hace algunos meses que llorábamos la temprana muerte de otro compañero distinguido: el Dr. D. José María Vidal. Hoy podemos repetir lo que dijimos entónces: «Las tumbas de los pensadores que mueren en su ley; — de los caracteres austeros que han tenido para todo lo malo, siempre el anatema severo de la conciencia indignada, nunca la genuflexion humillante del palaciego, ni siquiera la disculpa complaciente del contemporizador, — esas son las tumbas que debemos regar con nuestras lágrimas; — esas son las tumbas que, cubiertas de simbólicas siemprevivas, debemos señalar permanentemente á la veneracion de los hombres de bien.»

PALABRAS DEL PRESIDENTE DEL ATENEO

La Junta Directiva acaba de resolver que, como Presidente de ella, hable en su nombre, ántes de que salga de este recinto el cadáver del doctor Vazquez y Vega. Quiero que el malogrado compañero, en cuerpo, ya que nó en alma, asista por última vez á una sesion, — ¡triste sesion por cierto! — bajo esta bóveda en la que tantas veces repercutió su palabra entusiasta y viril.

Señores:

No es con frases friamente meditadas que voy á despedirme de estos restos queridos. Las galas de la retórica, — mantos de púrpura en que se envuelve el pensamiento, — son estrechas y frías para encerrar en ellas los ayes profundos que desgarran el alma. Son los ahogados écos del dolor que me oprime los únicos que en este instante pueden surgir de mis trémulos labios.

Ahí está, vencido en la tremenda lucha con la muerte, el apóstol ardiente, el pensador austero. El vaso de deleznable arcilla se ha hecho pedazos, pero el perfume que encerraba y que era pequeño para contener, flota en las ondas del ambiente y consueta y embriaga nuestras almas.

La muerte ha podido desgarrar el pecho en que latía aquel gran corazón, ha podido vencer al cuerpo enfermo, pero no ha abatido, nó, la personalidad moral del doctor Vazquez y Vega. Hoy más que nunca se levanta erguida, rodeada de la aureola que circunda la frente de los justos, señalándonos el camino del deber, el camino de que jamás se separó el doctor Vazquez y Vega durante su corta pero laboriosa peregrinación por este mundo.

Son los que claudican, son los que se infaman, cobardes para soportar el sacrificio, los que mueren ante la conciencia, porque al honor sólo lo mata la deshonra. Ah! esa clase de muerte era impotente para medirse con el temple indomable del patriota cuya pérdida lloramos!

No es arrastrados por generosas, pero exageradas pasiones del momento, que tributamos al doctor Vazquez y Vega estos honores. Es acto de justicia el que cumplimos. Levantarse de la oscuridad por su esfuerzo propio; crearse una notoria posición casi en los albores de la adolescencia; luchar valientemente en el periodismo contra el mal victorioso; enseñar á la juventud desde la cátedra; proclamar nobles ideas desde la tribuna; ser, en fin, ejemplo vivo de virtud en medio de la corrupción que todo lo invade, son títulos que dán al que los lleva derecho al respeto y al amor de sus conciudadanos; son algo más aún: son títulos de verdadera gloria. Si para el que al morir en la primavera de la vida, lega tales ejemplos, no fuésemos una ofrenda y un culto, preciso sería arrancar de nuestro corazón el sentimiento de la gratitud y borrar de nuestro lenguaje la palabra justicia.

No es un anciano, agobiado bajo el peso de sus laureles, el que,

fatigado de los combates de la vida, viene á buscar reposo, reclinando su cabeza encanecida sobre la fría almohada de la tumba. Nó; es un campeón joven y altivo que en medio de la batalla ha sentido romperse sus armas, sin haber vislumbrado ni á lo lejos los halagos de la victoria!

Ah señores! si es triste ver á un sol descender á su ocaso después de haber recorrido gloriosamente su carrera, ¿cómo no ha de serlo el ver desaparecer á un astro en su aurora, eclipsado para siempre por sombras funerarias, cuando, apenas llegado al horizonte, ya deslumbraba con su brillo?

Al morir el doctor Vazquez y Vega, no es un pasado el que muere, llevándose consigo tan sólo recuerdos; es un porvenir el que desaparece, arrastrando á la oscuridad del sepulcro grandes y risueñas esperanzas!

El nombre del doctor Vazquez y Vega está ligado indisolublemente al Ateneo, pues figura entre los de los delegados que firmaron las bases fundamentales de la confederación de asociaciones. En aquel acto que reunió en un centro común los elementos dispersos, dando origen al actual Ateneo del Uruguay, el doctor Vazquez y Vega tuvo la honra de representar dos sociedades: la Filo-Histórica y el Club Literario Platense.

Durante años enteros hemos visto al doctor Vazquez y Vega, ya enfermo, fatigar su pecho lacerado, regenteando con abnegación sin límites la cátedra de Filosofía.

Le hemos visto también ocupar muchas veces la tribuna del Ateneo, defendiendo las doctrinas de la escuela á que pertenecía, con la vehemencia que era el rasgo distintivo de su carácter y la revelación de sus profundas convicciones.

Cuando recibió en la Universidad el grado de doctor, no buscó para escribir su tesis, temas jurídicos, de esos que tienen que ser desarrollados con el reposo del juriconsulto. Buscó algo más palpitante y más alto. Fué, como siempre, ciudadano ante todo, y se acordó de la patria. Su tesis sobre la moral cívica es una fuente de las más puras ideas, en la que los ciudadanos pueden beber grandes y saludables enseñanzas.

Hace apenas tres meses que la juventud se despedía del doctor Vazquez y Vega en un banquete fraternal en que le demostraba su cariño. Era aquella la eterna despedida!

En el Ateneo del Uruguay queda un sitio vacío con la muerte del doctor Vazquez y Vega, y debemos llenarlo en lo posible, hon-

rando la memoria del noble compañero y siguiendo la huella luminosa que sus virtudes dejan en esta tierra desgraciada en que vá á reposar para siempre.

Como presidente del Ateneo del Uruguay, interpretando los sentimientos de todos sus sócios, doy lleno de dolor el adios postrero al doctor Vazquez y Vega, al catedrático, al tribuno, al obrero incansable del adelanto intelectual del pueblo, al modelo de verdadero ciudadano; pero, qué digo! — el adios postrero se dá sólo á los que se ausentan para no volver jamás, y el doctor Vazquez y Vega estará siempre presente entre nosotros, miétras la veneracion de la virtud sea una llama que arda en nuestro pecho!

Sres. Directores de los ANALES DEL ATENEO.

El adjunto discurso no quise publicarlo en la oportunidad que lo leí con ocasion de un banquete de despedida que dábamos á nuestro malogrado amigo.

Más tarde, días ántes de su muerte, convinimos con algunos amigos darle publicidad, y al efecto uno de ellos se tomó el encargo de llevarlo á *La Razon*. No se publicó cuando deseábamos; pero creyendo que siempre es de oportunidad, busco un lugarcito en los ANALES, si es que Vds. lo creen digno de ello.

Cualquiera que sea la resolucion de Vds., queda como siempre affmo. y S. S.

Juan Antonio Escudero.

S. e, Febrero 17 de 1883.

Señores:

Nada más grato para mí que hallarme aquí reunido con vosotros en medio de emociones tan íntimas como agradables.

Siempre he creído que la juventud debo buscarse, aunarse y estrechar sus filas sin fijarse en banderas de partido ni en distinciones de clases, propias de las edades que pasaron.

La juventud no ha de ser egoísta ni desconfiada tratándose de realizar el bien; debe, por el contrario, mancomunar sus esfuerzos en una sola y suprema aspiracion: la felicidad de todos.

Pero me es más grato aún, señores, encontrarme en este recinto por el objeto de esta modesta fiesta, nacida espontáneamente entre los elementos que la forman, para rendir un tributo, al propio tiempo que de afecto y compañerismo, de admiracion y respeto á una de nuestras más jóvenes y claras inteligencias, y á uno de nuestros más grandes caracteres.

Sí; no os engaños, señores: Prudencio Vazquez es una de esas figuras que no aparecen sino de tiempo en tiempo y que se destacan de su generacion, como el árbol corpulento y lozano levanta su copa por encima de los que le rodean.

Vosotros lo sabéis; fácil, por lo demás, de adivinarse por las primeras escaramuzas de su vida recién rota su crisálida.

Las graves dolencias que atacaron su físico no le permitieron permanecer en el campo de batalla; pero su espíritu se conserva íntegro diciéndonos por sus antecedentes de cuánto es capáz.

Nada importa que haya quien exagere sus creencias y sus doctrinas. Las ideas avanzadas, nobles y generosas, han encontrado siempre obstáculos considerables en la ignorancia, el egoísmo, las preocupaciones y la envidia de las generaciones presentes; pero han concluido por abrirse paso, y las generaciones futuras se han puesto de pié y á porfía han cubierto de flores la tumba de los *locos y de los visionarios*.

Dejemos á los políticos á la violeta y críticos á medias, y recojamos las inspiraciones del deber y los llamados de nuestra conciencia.

Su rectitud de espíritu y su austeridad de carácter, ha dado lugar á que se le califique de intolerante; pero, señores, la intolerancia con el mal, el vicio ó la degradacion, cuando el mal, el vicio ó la degradacion no provienen de un error involuntario, sino de un espíritu consciente; no es intolerancia ó intransigencia censurable, sino por el contrario, digna de aliento y de encomio.

Por lo demás, él lo ha dicho: « Si vivimos en las nubes, preciso es confesar que en las nubes se halla tambien la honradez y la virtud; preciso es confesar que en las nubes se originan tambien hechos prácticos como la lluvia que fecunda y el rayo que mata. »

Querría daros algunos rasgos del amigo que motiva esta reunion, ¿pero á qué repetir lo que todos sabéis?

En la Universidad, en todos los centros donde se ha permitido el uso de la palabra, en la prensa y la tribuna, ha sostenido con brillo y con ventaja sus doctrinas y sus ideas; y lo que es más

raro, señores, cada cuarto de estudiante ha sido para él una cátedra donde desinteresadamente explicaba sus lecciones mientras se lo permitieron sus fuerzas y sus graves dolencias; ¿pero no está ahí toda su vida entera, página abierta donde cada uno de vosotros puede leer?

Miradla: con el valor y el estoicismo de Sócrates, bebería mañana la cicuta que el verdugo depositara en sus manos; y con la abnegación y sublimidad del mártir del Gólgota soportaría la cruz del martirio y llevaría la corona de espinas que le colocaran los Júdas Iscariotes de sus ideas y sus sentimientos, de su patria y su religión; — sentiría, como Prometeo, que su alma se agiganta á medida que los buitres carniceros picotean sus entrañas y las almas vulgares apostrofan su noble corazón y su inapreciable carácter, porque tiene, como el héroe mitológico, la conciencia y el valor del sacrificio propio y la intuición del porvenir; porque sabe que deja tras de sí con su propaganda, su enseñanza y su ejemplo, la idea que ha de vengarlo, la doctrina que á la larga derrumba los imperios, mata los tiranos y concluye con los malvados.

Si! él sabe que mañana, la verdad triunfante, el bien bendito y la justicia redimida, enarbolarán en lo más alto, sobre el edificio de las instituciones libres, el pendón de la libertad.

Si! él sabe que sólo para la verdad y el bien, la justicia y el derecho, hay sinceros coros de ángeles, mirtos y laureles, himnos santos y bendiciones de los pueblos.

Señores: Nuestro amigo se ausenta en busca de salud; brindemos porque vuelva á nuestro seno completamente restablecido, pues esto importa brindar por la salud de la República.

Juan Antonio Escudero.

Montevideo, Noviembre 19 de 1882.

DISCURSO DEL DOCTOR SIENRA Y CARRANZA

¿Qué significa, señores, esta afluencia de gentes en el entierro de un hombre á quien la muerte ha sorprendido en los albores de la juventud, que no deja tras de sí una línea en la legislación, ni un hecho en el gobierno de su país, ni rastro alguno en las esferas de

la administración, de donde emanan en los pueblos cultos los adelantos que aseguran el progreso y el bienestar de la sociedad?

Vivió y murió en la pobreza, sin aquellas facilidades del favor que atraen la gratitud de los desamparados.

Y, sin embargo, todos sentimos en nuestros corazones la justicia de este póstumo homenaje al mérito de Prudencio Vazquez y Vega.

No tenía el sentimiento poético de Adolfo Berro, ni el poder intelectual de Elbio Fernandez, ni el brillo literario de Lavandeira, ni el sublime y persuasivo candor de José María Vidal. Pero, podemos recorrer con la imaginación y con la vista las filas de los pasados y de los presentes, y no hallaremos en ninguna personalidad mayor fuego en el entusiasmo y en la convicción, que gobiernan al hombre y que deciden su acción sobre sus semejantes.

Era un espíritu inquieto y activo, devorado por la pasión del bien y precipitado hacia toda lucha en que pudieran defenderse las doctrinas y las prácticas de su ideal.

No hay tarea de progreso abordada por la generación á que perteneció, en que no se mezclase su cooperación ó su iniciativa.

En el Club Universitario; en la Sociedad Filo-Histórica; en las ardientes polémicas del espiritualismo y del materialismo suscitadas por la invasión de las teorías de Darwin; en la formación y organización del Ateneo del Uruguay; en la fundación de las aulas gratuitas, regentando la de filosofía con más dedicación que la que permitían los resortes de su vida; dentro de las sociedades literarias y docentes y fuera de ellas, en la prensa, en la cátedra de la enseñanza, en la tribuna de las conferencias, en todo terreno adonde lo llamase la necesidad del presente ó la preparación del porvenir para el bien de su patria, allí se hacía sentir el impulso de su palabra febril y de su concepción de la ciencia jamás apartada en él de las inspiraciones de la conciencia.

No tenía el talento que deslumbra, sino el ardor que se comunica y que arrastra al auditorio. No era la virtud tranquila que se capta el respeto ajeno, sino el fanatismo militante de la verdad que cautiva y empuja en la propia dirección.

Así, sus discípulos del Ateneo no formaban su clase, sino su séquito. El espiritualismo que vacila en todas partes bajo los embates de la teoría evolutiva, tenía una roca en su cátedra. Sus alumnos han sido, más que estudiantes, partidarios de la doctrina del maestro.

El secreto de su prestigio no estuvo, pues, ni en la ilustración, ni en el talento, ni en el brillo oratorio. Estuvo en la actividad que le era innata, y en el calor de la convicción con que defendía sus ideas, y en la austeridad inquebrantable de su predicación y su conducta.

Así era caudillo. Así apasionaba á sus adeptos por la verdad, por la justicia, por el honor y por la libertad.

Su círculo fué restringido, y su acción no ha sido inmediatamente trascendente á los destinos de su país.

No es suya la culpa, sino del tiempo ingrato que ha tocado á su generación. En otro teatro; él habría desempeñado el papel de Juan Chassaing, el inolvidable joven argentino, con cuyo génio tenía todas las analogías que cabe en dos caracteres.

Le tocaron otras situaciones.

Pasó ileso todas las pruebas á que su generación ha estado sujeta.

Se ha alzado donde otros han caído; se ha alzado tanto como el más alto, por la superioridad del carácter, que está arriba de todos los dones, porque es la obra de la virtud de cada uno.

.....
 ¡Caiga sobre su lápida y luzca eternamente en ella la guirnalda de las bendiciones de sus discípulos, de sus compañeros y de aquellos que en lo futuro sepan honrar los ejemplos de la virtud y de la dignidad en el ciudadano y en el hombre!

DISCURSO DE DON ANACLETO DUFOR Y ALVAREZ

Señores:

Miradlo!..... Era un árbol gigantesco de esos que sirven de guía al caminante extraviado. Resistió los huracanes con la entereza de la roca. Distribuyó, desinteresado, pródigo, los dulces frutos de la ciencia. Muchos á su sombra recobraron las fuerzas agotadas por las fatigas del áspero camino.... El hacha traidora de la muerte lo ha tronchado.

Miradlo!..... El árbol se marchita.

En esa cabeza donde ayer bullían los grandes y hermosos idea-

les, sólo se descubre un resto de la altivez y la nobleza del alma más entera y más noble que haya conocido.

De esa voluntad, que animada por una convicción, rompía los obstáculos y se despeñaba como un torrente, sólo queda el cáuce seco y silencioso. Rotas están las cuerdas que vibraban á cada estremecimiento de su corazón entusiasta.

Todos sabéis que era una inteligencia privilegiada, que era la personificación de la virtud más inaccesible á los halagos del vicio triunfante por doquiera, que hablaba con la aspereza dogmática de una convicción profunda; pero no todos saben que era un corazón excesivamente delicado y lleno de la más suave ternura.

Sólo sus amigos íntimos hemos saboreado las dulces expansiones de sus esquisitos sentimientos, sentimientos que él ocultaba á los ojos de la multitud con un pudor, exagerado si se quiere, pero que revelaba todo el candor de su alma virgen.

Yo que con él he estudiado, y que en el puesto que mis facultades me han concedido, lo he acompañado en los combates que libró contra el fanatismo religioso y la corrupción política, he visto más de una vez ablandarse la roca al suavísimo soplo de los sentimientos delicados; he visto deshacerse el hielo y derramarse en gotas de dulcísimo rocío. Más de una vez he sorprendido á Diana en medio de los resplandores de su ideal belleza.

La vida de nuestro desgraciado amigo ha sido corta como un relámpago; pero, como un relámpago, luminosa.

Vazquez y Vega fué maestro en la cátedra, apóstol en la tribuna, soldado en la prensa, ciudadano en la patria, virtuoso en todas partes.

Luchó con el fanatismo, luchó con todas las torturas de la miseria.

Fué heroico en la lucha y ha merecido al morir la palma de martirio: él sabía que lo acechaba la muerte donde quiera que lo llevase su incansable actividad, y ha sonreído á la muerte con la tranquilidad de los héroes.

Su vida ha sido un combate, y á su muerte nos lega, como valiosísimo tesoro, el recuerdo de sus virtudes.

Señores, mis amigos: si muerta toda esperanza nos sentimos desfallecer, — que el recuerdo de este mártir infiltro en nuestra alma toda la entereza de su espíritu inmovible, todos los ideales de su hermosa inteligencia, toda la fé, todo el candor, toda la heroicidad de su corazón entusiasta. Recordemos

en los momentos de prueba y de vacilacion tremenda aquella voz hermosamente áspera, con toda la adorable rudeza de la verdad, y escuchémosla en la mansion de los recuerdos como si escucháramos la voz de la conciencia.

Vazquez, alma grande, alma noble, al volar á las regiones de la inmortalidad desconocida, dejas el corazon de tu compañero impregnado con los dulces perfumes de tus virtudes.

Quiera el cielo tronchar mi vida ántes que profanar tan sagrado depósito; hiérame la muerte ántes que el incendio del vicio haga palidecer en mí alma la luz de tu recuerdo.

Adios, apóstol! adios, mártir!... adios, amigo!

DISCURSO DE DON ANTONIO B. MASSIOTTI

Señores:

Hace ya algun tiempo, que agobiado bajo el peso de continuos y cruentos infortunios, héme sumido en una especie de perezoso indiferentismo, frío como el aire de estas tumbas, tenáz como el apego de la vida, sombrío como el sudario de los habitantes de esta mansion eterna.

Y es que en medio de las agitaciones de mi espíritu, cuando me concentro en los recuerdos del pasado, algo hay que no me explico sin embargo que quisiera, sin razonar dudar y sin dudar reir.

Es que en el continuo iluminar del sol de cada día, veo con rabia y con dolor que todo pasa arrastrado por el torbellino voráz de las leyes que rigen á los séres que pueblan el espacio. Es que nada subsiste, y desde el ave parlera que trina en las ramas mecidas por el suave y acompasado impulso de la brisa, hasta el insecto rastrero que alimenta su estómago en las materias orgánicas descompuestas, y desde el sér más perfecto que habita el planeta hasta el último grano de polvo, todo es mudable, todo fugáz, perecedero todo.

Ah! cuántas y cuántas veces al concentrar nuestro fatigado espíritu en el por qué de estas inabordables cuestiones de principio, no nos sentimos impulsados á negar con toda la vehemencia del

demente el principio supremo de orden y justicia, de sabiduría y bondad, que debe existir sobre todas las leyes y sobre todas las verdades.

Y, ¿dónde está el espíritu fuerte, el hombre superior que una vez al ménos en el traseurso de la vida y en medio á los golpes de la ruda é implacable fatalidad, no haya tratado de compenetrar con la esencia de la vida la esencia del oscuro más allá? Y, por otra parte, ¿dónde está el espíritu suficientemente trivial que se haya conformado con la mezquina explicacion de *la voluntad* de Dios?

¡Horrible arcano de misterio, frío, indiferente y tétrico! (1)... .

Algo así se me ocurría hace algun tiempo al meditar la muerte prematura de un inolvidable amigo de la infancia, y algo así se me ocurre con más razon si cabe, ahora, al lamentar la muerte, por desgracia harto anunciada, del que en vida fué el director de mis acciones. Sí, lo confieso ingénuamente, y lo declaro con altura; él me dirigía con sus consejos, sus lecciones y su ejemplo, como se dirige al niño en los primeros pasos de la vida, y yo seguía su ruta con la atencion esmeradísima conque se atiende y sigue á los hombres superiores.

¿Y sabéis por qué?

Porque Vazquez y Vega era un incomparable amigo y austerísimo maestro, aparte de ser un dechado de virtudes cívicas y morales atesoradas en un corazon sincero, apuntalado de una inteligencia poderosa.

Sí, tenía inteligencia poderosa, y lo que es más aún: fuego ardiente para hacer vibrar la idea fecunda.

Su pecho hallábase siempre dilatado de expansiones, grandes como su inflexible carácter, y firmes como su preclaro y exactísimo criterio.

Sabía luchar con brío, frente á frente á las miserias de la vida humana, y no desmayaba jamás ante las empresas arriesgadas por más obstáculos que le opusieran; que él no conoció jamás otro obstáculo verdaderamente insuperable que el resultante del juicio de su conciencia y del mandato de su deber.

Pertenecía á esa raza casi extinguida de hombres, de voluntad

(1) Todo lo que antecede se halla en el intróito de una carta que dirigimos á un amigo con motivo de la muerte de nuestro querido é inolvidable amigo Carlos Odissio.

atlética, que no se doblegan jamás, y sólo caen aplastados bajo el peso brutal é inapelable del destino final y necesario.

De ahí que fuera el propagandista más definido de nuestra época: en la cátedra, en la tribuna, en la prensa diaria y hasta en su humildísima vivienda.

Sabía juzgar y apreciar con envidiable exactitud á los hombres y prohombres de nuestro tiempo, y poseía el don de penetrar y escudriñar las conciencias alteradas al través de los rostros más encubridores.

Aún me parece que siento resonar en mis oídos el éco estridente de su carejada volteriana al desenmascarar uno de esos tantos traficantes de su propia honra, baratilleros de la dignidad humana!

Ah! nadie como él fustigaba á los réprobos avergonzándolos ante su humildísima presencia!

Por otra parte, era como hombre, austero como un espartano; como ciudadano, incorruptible como un estóico; como maestro, bondadoso y persuasivo, y como amigo, el prototipo de la lealtad y de la consecuencia; yo lo admiraba, señores, sobre todo en esta época de deslealtades é inconsecuencias espantosas!

Era un tipo verdaderamente popular, porque al lado de su valor cívico estaba su innegable valentía personal, su inflexible austeridad de carácter, su pureza invariable de convicciones, su insaciable capacidad intelectual, siempre ávida de ideas nuevas, y sobre todo esto, como coronamiento sublime de tan gran número de perfecciones, el sentimiento de su dignidad personal fundado en la observancia del bien, norma única de conducta moral capaz de salvar al hombre de los naufragios á que se halla espuesto en las borrascosas agitaciones de la vida pública.

Tal era Vazquez y Vega.

Por eso fué que ayer cuando se me dió la fatalísima nueva de su eterna partida, sentí algo como el frío del desencanto en el alma y la rabia y la desesperacion en el pecho.

Porque creo firmemente, perdónemelo la juventud de mi pátria, que no existe entre los grupos heterogéneos en que se halla dividida quien haya de reemplazar esa popular y simpática figura.

Do mí só decir que veo perdidos en él el más leal de mis amigos, el más puro de mis conciudadanos, el soldado más definido del progreso y el más definido apóstol de la verdad científica.

DISCURSO DE DON ANGEL SOLLA

Señores:

Luctuoso suceso nos reúne en derredor del féretro que contiene los dospojos mortales de nuestro querido amigo el Dr. D. Prudencio Vazquez y Vega.

La juventud estudiosa ha perdido uno de sus más esclarecidos miembros, uno de sus caracteres más prepotentes, una de sus inteligencias más robustas, uno de sus obreros más constantes. Por eso ha corrido presurosa á honrar la digna memoria del que fué Prudencio Vazquez y Vega.

Pero no es solamente la juventud la que llora la sentida pérdida del Dr. Vazquez y Vega.

La República pierde tambien en él á uno de sus ciudadanos más honestos, á uno de sus obreros más incansables que en las épocas más aciagas le ha prestado su contingente desinteresado, sin que le arredrase la espada de Dámocles suspensa siempre sobre la cabeza de los buenos.

Vazquez y Vega más que un buen ciudadano, era un gran ciudadano; si no por su larga vida, por sus grandes hechos.

La prensa tambien está de duelo por la pérdida de uno de sus más distinguidos miembros.

Lo están así mismo la tribuna y la cátedra del Ateneo del Uruguay. No ha mucho tiempo aún, que en ellas se hacía sentir la voz de nuestro malogrado amigo, sosteniendo los principios filosóficos que profesaba, y combatiendo con ardor y sin tregua los sistemas que juzgaba erróneos. No ha transecurrido todavía mucho tiempo desde que una parte de la juventud, en cuyo número tengo la honra de contarme, concurría á escuchar la palabra autorizada, á recibir las lecciones desinteresadas y valiosas del que fué nuestro catedrático de filosofía.

Los que hemos sido discípulos del Dr. Vazquez y Vega, nos sentimos orgullosos de haber compartido con él la grata tarea del estudio, asimilándonos sus conocimientos y aprovechando de su fecunda labor.

Por eso nuestra gratitud para con él será eterna; y su memoria quedará grabada en nuestras almas con caracteres indelebles.

El austero ciudadano, el hombre honesto, el paladín de la libertad, el maestro, el amigo querido ya no existe!

Los hombres honrados, la patria, la prensa, la tribuna, la cátedra sienten el vacío que produce su ausencia. — Los amigos lloran la pérdida irreparable que acaban de experimentar.

La miseria y la desgracia tienen un sér ménos á quien hostigar; pero la sociedad tiene un gran carácter ménos que admirar.

La verdad y la virtud pierden uno de sus apóstoles más fervorosos; pero el recuerdo que él deja servirí de poderoso estímulo, de modelo, de imágen á que poder ajustar nuestros actos.

Cuando queramos presentar un gran patriota, un gran carácter, un hombre honrado en quien no ejercían la más mínima influencia las necesidades corporales, ni los males que tenazmente lo perseguían, diremos: «Prudencio Vazquez y Vega». Cuando queramos señalar á la posteridad un ciudadano que ha pugnado con teson por las libertades patrias: cuando queramos presentar el ejemplo de una existencia bien aprovechada, de una labor fecunda, de una misión bien cumplida, diremos: «Prudencio Vazquez y Vega».

Cuando queramos demostrar que la juventud no es irreflexiva, que produce, que se equipara y puede competir con la edad proveya, inmediatamente pasará por nuestro recuerdo el nombre de «Prudencio Vazquez y Vega».

Podemos enorgullecernos los que hemos gozado de su amistad, los que hemos estrechado su honrada mano; y debemos evocar siempre con gratitud su memoria porque en realidad Prudencio Vazquez y Vega era uno de los fanales de la juventud Uruguaya.

Para los que creen que más allá de esta vida no hay otra cosa que el vacío, la del Dr. Vazquez y Vega, sus sufrimientos, sus trabajos y sus sacrificios no tienen más valor que el de un meteoro fugaz; pero para los que como él creemos que más allá existe un algo donde se aprecian las acciones humanas y se premia el bien, castigándose el mal, encontramos una satisfaccion profunda en nuestras conciencias al pensar que si bien el amigo se ha separado de nosotros, en cambio los males que le aquejaban no torturan ya su alma que libre de las trabas de la materia goza de la felicidad y del bien á que por sus actos se ha hecho acreedor.

Vazquez y Vega:

En breve va á ser entregado á la tierra el cuerpo que no pudo contener tu espíritu potente y activo; pero tu memoria, tu grato

recuerdo lo conservaré siempre como una prueba del cariño y de la amistad que siempre te he profesado.

DISCURSO DE DON JUAN A. ESCUDERO

Señores:

Nos encontramos en presencia de un cadáver.

¿Quién es el muerto que tiene tanto poder de atraccion para hacer girar á su alrededor á tan numeroso pueblo, todos con el rostro mareado por las huellas del sentimiento más profundo?

¿Cuál es su fuerza y su poder para arrancar de sus hogares á esta selecta concurrencia, agruparla y amontonarla, melancólica y triste, en torno de su ataúd?

¿Por qué todos se disputan un puesto al lado de este féretro y con ávida mirada y cierto sacudimiento nervioso parece que quisieran sustraerlo á la muerte y volverlo á la vida?

Quien, deseara grabar su fisonomía para no olvidarla jamás; quien, descubrir el misterio que mueve los resortes más delicados de esta sociedad que, de pié y brazos puestos en actitud de respeto y admiracion rinde sagrado homenaje!

Es, señores, un carácter excepcional, la verdad, el bien, la virtud, cuanto de bueno puede atesorar el alma.

El nombre de Vazquez y Vega corrió ayer de boca en boca con la celeridad del rayo, embargando los espíritus más fuertes, no obstante ser esperada su próxima muerte.

En un momento todo se prepara para recibir al ilustre muerto anunciado por el telégrafo que agita desde las primeras horas de la mañana y conducido por buenos amigos del departamento de Minas, á quienes como á todos, había tocado el flúido ó vara mágica de sus virtudes, despertando las más ardientes simpatías.

Era el hombre elegido para el sacrificio y el martirio, personificación viva de la abnegacion y el deber.

Sufrió y luchó por sufrir hasta el mismo momento en que la misteriosa muerte apagó sus sentimientos, impidió la expresion de sus ideas y tronchó aquella voluntad que no pudieron doblar ni los

falsos halagos de arriba, ni las entidades más encumbradas de abajo con todo su prestigio y toda su nombradía,

El bien por fin; la verdad y la virtud por medios: hé ahí su bandera y su religión.

Línea recta. Á ella sacrificaba odios, rencores, amistades y parentescos, posición, riqueza, tranquilidad. . . ¿pero á qué seguir, señores? á ese fin sacrificó su propia vida y sus más caras afecciones.

Sólo la muerte tuvo poder bastante para quebrar la energía de su espíritu y la convicción profunda y sincera en el cumplimiento de sus destinos.

Pero nó, señores: la muerte vino tarde, porque él luchó y luchó sin tregua ni descanso para sobrevivirla y vencerla, á despecho de desesperaciones y miserias devoradas en el secreto de su intimidad; á despecho de contrariedades infinitas y hostilidades que no tienen término, quizá ni ante la solemnidad de la tumba.

Vazquez vive para los que lo comprendieron y lo supieron apreciar; y si ayer lo amaron en vida, lo amarán hoy en esencia y enarbolarán mañana su estandarte que supo colocar en la cima donde sólo llegarán los buenos que sigan su conducta y su ejemplo.

Sí; Vazquez es una bandera mal que les pese á los hombres de conducta dudosa, de cálculos y conveniencias personales.

La juventud de la República recoge esa bandera y la mantendrá izada al tope cual merece el que nos enseñó cómo se vive honradamente, cómo se soportan los embates y contrariedades de la vida, cómo se muere resignado y tranquilo, abatiéndose tan sólo ante la idea de no poder luchar y sufrir más por la realización de sus ideales.

Buscad al hombre y buscad al ciudadano, y todo encontrareis perfecto en el que estas honras recibe.

Mirad esa pléyade de jóvenes á quienes estimuló, enseñó y dirigió mientras sus agotadas fuerzas se lo permitieron y la falta de aire no hizo dificultosa su palabra.

Catedrático del Ateneo, le daba vida en todas sus conferencias con su locución fácil, sus razonamientos lógicos é inflexibles y su acento grave y austero.

Estudiante en la Universidad, llevaba siempre la palabra sosteniendo con sus discípulos y profesores las doctrinas más avanzadas del siglo.

Su actividad era portentosa, y con dificultad se encontraría naturaleza humana que la resistiera.

Periodista y tribuno, estudiante en la Universidad y catedrático en el Ateneo, le quedaba tiempo para recorrer algunos cuartos de estudiantes donde explicaba sus lecciones, todo sin remuneración alguna, y reunirse con sus amigos en plática tan interesante, amistosa é íntima, como lo era su carácter y su sonrisa, la expresión de su alma y de su corazón.

Todos le deseábamos. Nos disputábamos por conversar con él.

Como ciudadano, nadie entre nosotros ha levantado y sostenido más alto y con mayor firmeza la consigna del deber cívico, así en los momentos de agitación, como en la calma enervante de la paz varsovia

Áhí está, además de sus conferencias doctrinarias, la primera época de *La Razon* con sus artículos fundamentales sobre moral política y religiosa que le dieron seriedad y nombre.

Áhí está su tesis para optar al doctorado que nos revela su carácter, su temple, lo que fué y lo que hubiera sido, y nos dice más que cuanto pudiéramos agregar á su página de ciudadano, corta sí, como sus años, pero gloriosa y honrada y propicia en enseñanzas y ejemplos.

Áhí está su vida y su muerte, encarnación palpitante de todo lo bueno que puede buscarse en el ciudadano: rectitud y entereza como ninguno, valor cívico á toda prueba, inteligencia y virtud.

Tal era Vazquez.

Jamás se atrevió nadie á dudar de sus intenciones y de los móviles de su conducta. Pero se dijo alguna vez que no era de este momento histórico profesar como culto y llevar á la práctica las creencias y doctrinas que formaron su credo político.

Hé ahí, señores, su mejor timbre de gloria y la prueba más acabada de la superioridad de su espíritu: profesar ideas que se adelantaban á la época y escapaban al común de las gentes, y lo que es más, tener el valor del sacrificio para sostenerlas con ardor y con brío.

Era un novador y un revolucionario.

Vazquez comprendía que para inocular é infundir en el pueblo una doctrina duradera que asegurara el porvenir, era necesario, lejos de seguir la corriente de la opinión, imponerse á ella y darle dirección aún á costa de la popularidad.

Ese es el carácter de los hombres llamados á dar gran impulso á la sociedad y al centro en que viven y se desarrollan.

Nó! Vazquez no se equivocó, ni en el momento, ni en los medios, ni en el fin, y sólo se elevó por encima de los sórdidos intereses y de las conveniencias personales, trazándose una regla inflexible de conducta que él buscaba para todos. . . .

Sed fieles á vuestro deber, y firmes en vuestro derecho, dejad pasar el mal con su séquito cuando no lo podais evitar, pero hacedle sentir siempre vuestro anatema y vuestra reprobacion sin haceros jamás cómplices en lo más mínimo del atentado y de la violencia.

Sea esta nuestra bandera y el mayor tributo que rindamos al lustro muerto que llora el Ateneo y la República y que sus amigos despedimos para siempre.

Prudencio, descansa en paz!

A la memoria

DE MI QUERIDO AMIGO PRUDENCIO VAZQUEZ Y VEGA

POR DON JOSÉ G. BUSTO

ELEGIA

Pátria de mis amores,
Madre que Dios al engendrar maldijo,
Añade un dolor más á tus dolores
Y ven á sembrar flores
Y á llorar en la tumba de tu hijo.

Ven sola, pátria mía;
Cuelga la lira de la dulce nota
Y arreja el velo de la virgen fría;
Ven sola en tu derrota
A llorar por quien tanto te quería.

Era un hacha de acero
Que el deber, y no el hombre, manejaba;
Un carácter que nunca vacilaba

Y, enérgico y austero,
Como un rayo ante el crimen se forjaba.

Era un faro encendido
En el pico gigante de la sierra,
Donde cuelgan los cóndores su nido;
¡No miraba á la tierra
Su pensamiento, en el espacio erguido!

Era una perla rara
Que las ásperas conchas escondían;
Urna de amores que sin luz vivían;
Lágrima que guardara
Un corazón que pocos conocían!

Amigo, fué un hermano;
Apóstol, su palabra estaba ungida;
Maestro, fué un ejemplo soberano,
Y al romperse su vida
El molde se rompió del ciudadano.

Ya no tiene trofeo
La juventud viril y levantada;
¡Ay de la casa que quedó enlutada!
¡Ay del pobre Ateneo
Que perdió su columna más preciada!

Ya no tengo á mi lado
Al compañero fiel, al noble guía;
¡Ay del amigo que se queda aislado!
¡Ay de la patria mía
Que pierdo acaso su mejor soldado!

¡Justicia! ¿Dónde has ido?
¿Qué pueblo es esto donde muere el bueno
Porque prefiere la miseria al cieno?
¿Qué pueblo es... ¡corrompido!
Dónde solo es feliz el desenfreno?

.
.

Pátria de mis niñeros,
 Madre que Dios al engendrar maldijo,
 Añudo un dolor más á tus dolores
 Y ven á sembrar flores
 Y á llorar en la tumba de tu hijo!

Montevideo, Enero 17 de 1883.

La muerte del justo ⁽¹⁾

(ANTE LA TUMBA DEL QUE FUÉ MI BUEN AMIGO EL DOCTOR DON PRUDENCIO
 VAZQUEZ Y VEGA)

POR DON RICARDO SANCHEZ

¿Porqué se agrupa el pueblo enternecido
 En torno de una tumba,
 Y cual de un solo corazón herido
 El grito inmenso de dolor retumba?...
 ¿Porqué hasta el árbol triste
 Guardian inseparable del que muere,
 Parece que hoy se vistió
 Con más fúnebre traje,
 Cual si al dolor que á los amigos hiero
 Unir también quisiera su homenaje?...
 —Es que ha caído el bueno entre los buenos,
 Es que el destino duro
 Nos quita un ciudadano, y uno menos
 Queda para la lucha del futuro.
 Para la santa lucha
 Que al espíritu débil aniquila,
 Mas donde nunca el corazón vacila
 Del que la voz de su deber escucha!

(1) Esta composición, escrita á última hora para ser leída en el Cementerio, fue una de las muchas que no se oyeron, por lo avanzado de la hora en que terminó la ceremonia.

R. S.

Morir es natural!.... Pagar tributo
 A la implacable muerte,
 Cuando pasó la edad en que el buen fruto
 Se cosecha en los campos de la vida,
 Es para el hombre mejorar de suerte.
 Pero morir en una edad querida
 En medio de la lucha fatigosa,
 Cuando se mira el porvenir muy lejos
 Y de sus sueños de color de rosa
 Apenas se vislumbran los reflejos;
 Morir, cuando la fuerza del talento
 Encuentra en el cerebro débil valla;
 Cuando luchando el pátrio sentimiento
 Aún impotente contra el mal, estalla;
 Morir, sin la esperanza lisonjera
 De ver su ideal colmado
 De la vida en la hermosa primavera,
 Contemplando al malvado
 Levantar, entre buenos, altanera
 Su criminal cabeza,—es algo horrible,
 Entre dolores, es dolor sin nota,
 Y en el postrer instante, el más sensible
 Que sufrir debo un corazón patriota!....

¡Cuánta enseñanza hay, Vazquez, en tu vida
 Si corta en años, en ejemplos larga!...
 Siempre abnegado, aunque teniendo herida
 De muerte la existencia,
 Llevaste firme tu pesada carga
 Con fé en el alma y paz en la conciencia!....
 Buen ciudadano y leal á los amigos
 Te rodearon doquier!.... Hoy te acompañan
 Para ser los testigos
 De tanto honor,—á tí último tributo,—
 Y lágrimas compañan
 Sus mil semblantes en señal de luto!....
 Son lágrimas de amor y bien sinceras
 Que á tu alma halagarán, si acaso es cierto
 Que existe,—y que ella vuelva á otras esferas
 Desprendida del cuerpo, una vez muerto!....

Eterna despedida
 Que llegará hasta el cielo cual plegaria,
 Pidiendo días mejores
 Para mi patria, hoy triste y abatida,
 Que espera, há mucho tiempo, solitaria,
 Del Sol de libertad los resplandores!

Montevideo, Febrero 9 de 1883.

Psicología

FACULTAD DE MEDICINA DE PARIS

CURSO DE M. BALL

LAS FRONTERAS DE LA LOCURA

(Traducido para los Anales)

Señores:

En el curso que acaba de terminar, hemos recorrido todo el dominio de la enagenacion mental, y hay pocos puntos que hayamos dejado sin explorar.

Y sin embargo existe una vasta region que nos es casi completamente desconocida todavía, y cuyos contornos apenas hemos entrevisto de lejos; me refiero á la zona fronteriza que se ostiende entre la razon y la locura.

Para el público, ó mejor dicho, para los profanos que no han franqueado los umbrales del templo, los umbrales de un asilo de dementes, existe una línea matemática que separa los dos estados; verdad aquí, error allí; de un lado la locura, del otro el buen sentido; *hay locos ó no los hay*. Estas ideas en extremo simples, pero radicalmente falsas, son propias á los espíritus que no ven las cosas sino bajo uno solo de sus aspectos. Por eso gozan de crédito y ejercen tan grande influencia. Inspirándose en ellas, un distinguido orador ha dicho, que bastaba conversar un cuarto de hora con un hombre para saber si era loco ó sano de espíritu.

Permitidme recordar con este motivo un hecho histórico. Hace cerca de medio siglo el capitán general Condó de la Rue fué comisionado por Luis Felipe para realizar con el gobierno de Marruecos un tratado que asegurara los límites occidentales de la Argelia. Se trazó una línea desde el Mediterráneo hasta el interior;

pero á partir de un punto dado se convino en dejar indecisa la frontera, porque más allá no existía sinó un desierto inhabitado, segun aseguraban los marroquíes. La astucia de los musulmanes consiguió triunfar de la inteligencia del negociador frances, puesto que hoy sabemos perfectamente que sobre ese territorio que se decía inhabitado, vive una poblacion compuesta de seis cientas mil almas.

Sucede lo mismo respecto de la zona situada en la frontera de la razon y de la locura, desierta segun la creencia vulgar, y que encierra, no seiscientos mil, sinó muchos millones de habitantes. Me propongo conducirlos al interior de esa interesante poblacion para estudiar su fisonomía, examinar sus costumbres y apreciar sus caracteres.

El proverbio español lo ha dicho:

De médico, poeta y loco,
todos tenemos un poco.

Y en efecto, hay pocos hombres que puedan gloriarse de haber seguido durante toda su vida una línea perfectamente recta, y observado una conducta enteramente razonable.

El ingenioso poeta que nos ha referido los furores de Orlando, nos muestra al paladin Astolfo trasportado por gracia especial á la luna (donde se encuentra, como se sabe, la razon de los *lunáticos*), con el objeto de buscar la razon de su ilustre pariente y traerla á la tierra. Al llegar es recibido por un anciano venerable, el Apóstol San Juan, quien, despues de hacerle los honores de estilo, le conduce á una especie de farmacia ó almacén donde innumerables frascos se hallan colocados en orden. Cada uno contiene la razon de algun mortal que se pasea en la tierra, y lleva una etiqueta que indica el nombre de su propietario. Astolfo, que buscaba la razon de Orlando, queda todo sorprendido y escandalizado al descubrir una botella que lleva esta etiqueta: *Razon de Astolfo*. Cómo es esto! exclama; yo no soy loco! Conozco perfectamente que poseo todo mi buen sentido! Tranquilízate, le dice el santo apóstol, y ya que la providencia te favorece, abre esta botella para respirar su contenido. Astolfo obedece, y apenas recupera la razon, se apercebe de que su vida sólo había sido un conjunto de locuras.

Pero las locuras de ese género son del dominio del moralista, y es como médico que vengo á hablar ante vosotros.

Me propongo demostraros que entre los compatriotas que encontramos todos los días y quo codeamos á cada instante en la plaza pública, hay muchos que, examinados á la luz de los principios ordinarios del diagnóstico, podrían con razon clasificarse entre los locos, y á los cuales, sin embargo, no sería legitimo encerrar.

Para proceder con orden y estudiar bien la materia, conviene dividir tan vasta zona y señalar algunas de las categorías en que pueden incluirse esas inteligencias con frecuencia brillantes y hasta privilegiadas; pero que se han salido de su órbita, por decirlo así.

Es incuestionable que de todos los *dementes razonables*, si puedo expresarme en estos términos, son los más interesantes aquellos en los que la locura se revela, no por el lenguaje, sino por los actos.

El primer puesto por orden de mérito corresponde por lo tanto á los *impulsivos*. Son *enfermos* (empleo esta palabra en su significacion síquica), que, sin tener trastornado el juicio, experimentan una especie de delirio de la voluntad y pueden llegar á convertirse en criminales.

Entre esas impulsiones las hay pueriles ó por lo ménos inofensivas. Recordarémos la inocente manía del doctor Johnson, célebre escritor del último siglo, que no podía pasearse por las calles de Lóndres sin tocar los postes á medida que pasaba por delante de ellos. Cuando olvidaba uno, volvía atras para tocarlo.

Se pueden referir á ese tipo inofensivo otras tendencias que no son desagradables sino para el individuo mismo. Hay hombres corteses y bien educados que no pueden resistir á la tentacion de pronunciar palabras groseras á cada instante; hombres piadosos inclinados á blasfemar siempre. Tal era el caso de un autor inglés, el obispo Butler, atormentado durante toda su vida por esta impulsión á la que solo resistía por un gran esfuerzo de voluntad.

Existen, sin embargo, tendencias de ese género que pueden comprometer la existencia del individuo. Un médico, amigo mio, fué consultado por un hombre distinguido, que deseaba casarse con una jóven viuda, cuyo mérito y fortuna respondían á todos sus deseos. « Es imposible que yo me case, querido doctor, le decía. Mi novia exige, en efecto, que yo vaya á verla; y como vive muy léjos tendria que ir en ferro-carril, cosa á que no me atrevo porque siento una irresistible tentacion de arrojarme por la portezuela. » Se le aconsejó que para acostumbrarse tomara el ferro-carril de Ceinture pero no pudo ir mas allá de Auteuil. Tuvo que bajar en esta estacion por temor de un accidente.

Las impulsiones de este género, que son más comunes de lo que se supone, nos conducen gradualmente á la tendencia al suicidio, que se desarrolla con tanta frecuencia en individuos bajo todos aspectos muy sanos de espíritu, llevándolos á quitarse la vida por motivos completamente ridículos. Nada más fácil que encontrar ejemplos que lo comprueben. Es indudable que en estos casos se produce la pérdida ó debilitamiento del instinto de la conservación.

Inmediatamente despues, ó á su lado, figura la impulsión al homicidio, que con frecuencia se apodera de espíritus aparentemente sanos. Se conoce el caso del zapatero que fué á consultar á Moreau de Tours, diciéndole que cada vez que inclinaba la cabeza experimentaba un violento deseo de asesinar á su muger y á sus hijos. Recordemos tambien la lamentable y conocida historia de Thouviot, quien, acosado por un deseo irresistible de asesinar, concluyó, despues de muchas vacilaciones, por matar á una niña que veía por primera vez, y con la que se encontró casualmente en la cocina de un Restaurant; y nos convenceremos que las impulsiones más monstruosas pueden manifestarse en individuos perfectamente sanos en apariencia.

La kleptomanía suministra análogos ejemplos. La tendencia á sustraer pequeños objetos se produce á veces como enfermedad en personas que están colocadas muy arriba de las tentaciones vulgares. Se refiere el caso de un célebre estadista que ha desempeñado en su patria las funciones políticas más culminantes, y que, cuando como fuera de su casa, va invariablemente acompañado por un sirviente encargado de trasportar los cubiertos de plata, que su amo jamas deja de sustraer.

Ciertos kleptomano se limitan exclusivamente á tomar objetos determinados, lo que prueba evidentemente que obran bajo la influencia de una manía.

Poddie refiere el caso de un hombre en extremo piadoso, que tenía la desgraciada costumbre de robar, pero que no robaba sino biblias. Se le perdonaban sus latrocinios en razon de su propia singularidad; pero á la séptima reincidencia, fué acusado ante los tribunales y condenado por robo.

Otro kleptomano no sustraía sino tablillas de lavandera, y como no podía utilizarlas, las acumulaba inútilmente en su casa.

He sido consultado hace poco tiempo por un enfermo que presentaba simultáneamente muchas impulsiones morbosas. Era un artista de gran talento, nacido en la pobreza y provisto de una ins-

trucción puramente elemental; pero que gracias á su fuerza de voluntad había consiguído elevarse considerablemente. Se casó joven; pronto tuvo hijos, y con ellos nuevas atenciones que llenar. Lo fué menester duplicar sus esfuerzos, á consecuencia de lo cual, al llegar á los treinta y ocho años, sin ninguna enfermedad aparente, la inteligencia de este hombre decayó. Experimentaba impulsiones extravagantes á las que no podía resistir sino por un grande acto de voluntad. Si estaba en frente de un espejo sentía la necesidad de romperlo de un golpe; si se encontraba cerca de una ventana, apenas podía resistir á la tentación de arrojarse abajo. Cuando recibía billetes de Banco en retribución de su trabajo, tenía deseos de romperlos y arrojarlos al aire. Finalmente se despertaron en él impulsiones más terribles. A cada instante se sentía inclinado á degollar á sus hijos. Su hija más pequeña, víctima del erup, cayó en esa época en cama para no volverse á levantarse más. Durante la última noche, él se quedó al lado de la cuna, y segun sus propias palabras, «en el momento en que rogaba á Dios, arrasados los ojos de lágrimas, que salvara la vida de esa pobre niña, experimentaba el deseo atroz de arrancarla de la cuna para arrojarla al fuego». Esas impulsiones aumentaron hasta el punto de hacerle la vida insostenible, y más de una vez tuvo intenciones de suicidarse. La última vez que vino á consultarme me dijo, despues de haberme referido sus desgracias: «Ahora mismo experimento un serio deseo de extrangular á Vd.; pero me contengo». Esta confesion sincera, partiendo de un hombre de fuerza herculea, hacía reflexionar. No lo he vuelto á ver despues, y no sé que es lo que le ha pasado; pero el punto interesante de esta curiosa observación es que este hombre jamás cometió acto reprobable alguno; siempre se condujo bien y pudo dominarse en el instante crítico. Se encontraba realmente en las fronteras de la locura.

Pasemos entretanto á otro género de observaciones.

Los *místicos* ocupan una vasta extensión en el dominio de la enagenación mental. No pretendo detenerme á considerar todas las locuras que el sentimiento religioso ha engendrado; no es mi ánimo trazar la historia de todas las sectas monstruosas ó ridículas producidas por el fanatismo; mi propósito es tan sólo hacerlos notar, que las personas víctimas de esas creencias extravagantes, son con frecuencia en el mundo de los negocios, espíritus muy prosaicos y muy sensatos, que saben perfectamente ganar su dinero, cir-

cunstancia, que sin duda alguna, prueba la existencia de un admirable buen sentido. Lo que es más notable todavía, es que semejantes ideas puedan permanecer latentes y no descubrirse sino accidentalmente.

Voy á referir un ejemplo. Hace algunos años murió en Neuchatel un viejo escribano que había adquirido envidiable reputacion como hombre probo y recto. Era muy religioso, pero apesar de algunas excentricidades, jamás había cesado de considerársele como un espíritu muy razonable. Murió cuatro años ántes que su muger, y despues del fallecimiento [de ésta, los herederos encontraron un pliego cerrado, que, segun el sobrescrito, no debía abrirse sino despues de la muerte de ambos cónyuges. Se rompieron los sellos y se halló la escritura siguiente:

CONTRATO DE SOCIEDAD

Entre el Gran Dios Soberano, el Eterno Todo-poderoso y sabio, por una parte,

Y yo, el abajo firmado, Isaac Vuagneux, escribano, su muy humilde servidor y ardiente adorador, por otra parte, hemos convenido y realizado un contrato de sociedad del tenor siguiente:

Art. 1.º Esta sociedad tiene por objeto el comercio de líquidos.

Art. 2.º Mi muy respetable y magnánimo asociado se dignará, como capital social, bendecir nuestra empresa en la medida que conceptúe apropiada á su espíritu paternal y al cumplimiento de los decretos inmutables de su eterna sabiduría.

Art. 3.º Yo, el abajo firmado, Isaac Vuagneux, me obligo por mi parte á aportar á la espresada asociacion todos los capitales necesarios; á realizar todas las transacciones relativas á arrendamientos de bodegas, compras y ventas, extender documentos, llevar la contabilidad, y en una palabra, á consagrar mi tiempo, mi trabajo y mis medios físicos y morales al progreso y prosperidad de la asociacion, realizando todo con conciencia y buena fé.

Art. 4.º Los libros que se llevarán por partida simple, constatarán todas las operaciones que ocurran; y las sumas correspondientes al débito y al crédito gozarán de interés hasta el 31 de Diciembre de cada año, en cuya época se cerrarán las cuentas.

Art. 5.º Los beneficios líquidos se dividirán por partes iguales entre mi alto y poderoso asociado y yo.

Omitimos los demás artículos de este singular contrato.

Terminaba por donar á los pobres la suma de 7323 fr. 35 cénts. que fué escrupulosamente distribuida entre los indigentes de Neuchatel.

El doctor Chatelain, á quien debemos esta curiosa relacion, cree

que el honrado escribano estaba en todo su buen sentido, pero que tenía un modo original de espresar sus sentimientos piadosos. Nosotros creemos, al contrario, que Mr. Isaac estaba por lo ménos en las fronteras de la locura, y que obraba bajo la influencia de una de esas locuras latentes que se ocultan, por decirlo así, en las profundidades mas íntimas del individuo y quo remontan rara vez á la superficie.

Al lado de los místicos podemos colocar á los *obcecados*. Son hombres en los cuales una misma palabra, una misma fórmula, una misma idea se reproduce automáticamente á cada rato. Es difícil imaginarse á qué acciones insensatas puede conducir la tiranía de esas impulsiones intelectuales.

Un jóven, en el curso de sus estudios, oyó un día á varios de sus amigos reirse de la pretendida fatalidad que se atribuye al número *trece*, é inmediatamente fué víctima de una obcecacion que le obligaba á cada instante á repetir una especie de oracion mental: ¡Dios trece! la Eternidad trece! el Infinito trece! Tuvo que renunciar á sus estudios é irse al campo.

Un hombre muy sano de espíritu, y que se conduce perfectamente, fué obligado á renunciar á la lectura á causa de que, cada vez que daba vuelta una página, creía haber dejado pasar una y recomenzaba de nuevo sin poder avanzar nunca.

Otro no puede prescindir, cuando entra en un cuarto, de contar todos los objetos que están á la vista, desde los libros que se encuentran sobre la mesa, hasta los botones que adornan el chaleco de su interlocutor.

Estas tendencias del espíritu confinan con la *locura de la duda*, de la que ya os mostré hace algun tiempo un ejemplo muy notable. Se trataba de un jóven dependiente de banco que llevaba una vida regular y llenaba escrupulosamente sus deberes, y que desde hace ocho años duda de su propia existencia y de la realidad de los objetos exteriores. Atormentado por esta disposicion de espíritu tan penosa, me pidió que lo pusiera en un asilo. Tenía, como se ve, conciencia de su estado mental, y sin embargo, no podemos asegurar que se encontraba en las fronteras de la locura?

Al lado de estos enfermos, podemos colocar á los *vertiginosos*. Creo oportuno englobar bajo esta denominacion, impropia quizá, pero fácil de comprender, los casos de agorafobia, claustrofobia y topofobia que se observan en personas perfectamente sensatas bajo otros puntos de vista.

El doctor Cabadé acaba de hacer conocer un caso muy curioso de este estado de espíritu. El enfermo, hombre muy inteligente, muy entendido en los negocios y muy espiritual en la conversacion, se encontraba casi en la imposibilidad absoluta de realizar ciertos actos de la vida diaria. Para entrar en un cuarto, era menester que lo empujaran por detrás; para levantarse de un sillón, era necesario que lo tomasen del brazo; para evitar en la calle un obstáculo imaginario, estaba obligado á volver atrás muchas veces. Sin embargo, si se apercibía de que lo miraban, aun cuando se hallara en lo más rudo de las hesitaciones, desplegaba una extrema habilidad para engañar á sus espectadores. Si tenía, por ejemplo, que volver á descender en el acto de subir á un coche, simulaba haber dejado caer un objeto, ó haberse olvidado de algo que debía llevar.

Hace de esto dos años; el enfermo se encontraba obligado á prestar su servicio militar de veintiocho días. Rogó á su médico que lo eximiera de esta tarea. El médico invitó á sus dos colegas, encargados de fallar en peticiones de ese género, á que fueran á almorzar con él y el enfermo. Durante toda la comida, M. X... se manifestó tan amable y espiritual que, despues de su partida, los dos médicos preguntaron á su colega si su intencion habia sido mistificarlos. Por toda respuesta, los condujo entónces á la ventana de su escritorio, que daba al Boulevard por donde tenía que pasar M. X..., y desde allí, lo vieron presa de una agitacion increíble, no pudiendo pasar cerca de un árbol, de una piedra ó de la sombra de una casa sin volver atras muchas veces. Le era menester retroceder, luego seguir su camino para salvar el obstáculo, luego comenzar de nuevo.

Los enfermos de esta especie son próximos parientes de la innumerable y fastidiosa tribu de los *hipocondríacos*. Llevada más allá de ciertos límites, la hipocondría desemboca en la enagenacion mental. Todos los médicos han visto desarrollarse en personas sensatas ideas absolutamente delirantes respecto al grado de salud de que gozan. Citarémos un ejemplo notable. Una señora se presenta en el consultorio de un especialista muy conocido y le dice: «Señor, deseo consultar á usted por una enfermedad de la prostata. Pero, señora, exclama espantado el práctico, usted no tiene prostata! ¡Cómo, señor! responde aquella indignada; yo no tengo prostata! Acabo de leer una obra de medicina sobre las enfermedades de la prostata, y experimento todos los síntomas de la afeccion!»

Señores: me es forzoso abreviar. Habría deseado hablaros de los

excéntricos, de los *irritables*, de los *seniles*, de los *sensuales*, de los *inventores* y de muchas otras categorías de semi-locos; pero prescindiré de ellos y sólo me ocuparé de los *alucinados*.

Señores: es con sobrado motivo que mi excelente amigo, el Dr. Luys, hace de los alucinados una clase aparte entre los vesánicos. Sin duda alguna, en la mayor parte de los casos, las alucinaciones son un síntoma de la enfermedad mental que domina la situacion; pero ocurre á veces, y ocurre con frecuencia, que esas desorganizaciones sensoriales llegan á constituir el punto cardinal de la vesania, el origen real de las concepciones delirantes. El enfermo se enloquece entónces, porque está alucinado.

Conviene á este respecto distinguir dos categorías de enfermos: unos conservan el equilibrio necesario para apreciar sus alucinaciones, otros sufren toda la influencia de ellas. Los primeros se encuentran en la frontera de la locura; los segundos la han franqueado por completo.

Entre los alucinados conscientes se halla comprendido el jóven que pienso presentaros al final de esta conferencia. Es un químico inteligentísimo, que se ha ocupado de resolver un problema industrial de la mayor importancia, descubriendo un nuevo procedimiento para dorar. Su salud se ha alterado, á estar á lo que él dice, á causa de las emanaciones producidas por los productos químicos que manipulaba. Comenzó por oír una voz que le decía: *quitate, quitate de ahí*. Despues experimentó espasmos, comezones y picazones en diversas partes del cuerpo; y desde hace tiempo respira incesantemente el olor del ácido clorídrico. Para librarse de esas alucinaciones, cuyo carácter ilusorio él es el primero en reconocer, pero que le incomodan en extremo, ha pedido que lo lleven al asilo para someterse á un tratamiento apropiado. Es, por lo tanto, un alucinado consciente; pero está en las fronteras de la locura, porque con frecuencia, un enfermo, despues de resistir largo tiempo á alucinaciones de ese género, termina por ser gobernado por ellas, y se enloquece.

Hay, sin embargo, muchas personas que, durante un largo período de su existencia, están atormentados por alucinaciones insensatas sin aceptar jamas la realidad de ellas. Tal era el caso de ese enfermo citado por Wynter, que experimentaba una sensacion accitosa en toda la superficie del cuerpo, y le parecía que estaba sumido en la grasa. Los caracteres de la enfermedad se encuentran especialmente en el famoso helorgne de Savigny, perseguido por

penosísimas alucinaciones de la vista, cuya descripción detallada él mismo nos ha dejado, y que tuvo que encerrarse en una oscuridad completa, como único medio de escapar á tan dolorosa mortificación.

Observemos de paso que las alucinaciones, aún cuando sean convenientes, puede ejercer una influencia directa sobre los actos. Mi excelente amigo el Dr. Mesnet me ha mostrado un alcohólico muy intoligente, que experimentaba extravagantes alucinaciones del oído, cuya naturaleza él apreciaba perfectamente. Por la mañana se levantaba lleno de buenas resoluciones y partía á su trabajo. Desgraciadamente, para dirigirse al taller le era forzoso pasar delante de un despacho de bebidas, cuya situación geográfica él conocía demasiado bien. Al aproximarse, escuchaba dos voces: la del buen y la del mal ángel. La primera decía: *no entraré*; la segunda decía: *entraré, entraré*. A medida que se acercaba, la voz del ángel malo adquiría más y más preponderancia sobre la otra. El obrero concluía por entrar, y apenas había bebido, las alucinaciones desaparecían como por encanto. Una vez pasaba este mismo hombre por los muelles. La voz le exige que arroje al Sena dos monedas de cinco francos que llevaba. Obedece inmediatamente; pero luego reacciona y quiere tirarse al río al recordar que en su casa no había ni veinte francos en ese momento.

De manera, pues, que en ese borracho, ciertas alucinaciones, perfectamente apreciadas en su justo valor, conducían sin embargo á su víctima á realizar actos insensatos.

Señores: creo haber demostrado suficientemente la proposición formulada al principio de esta conferencia. Nos encontramos rodeados de hombres que ocupan una posición más ó menos elevada en la sociedad, que desempeñan todas sus tareas, que llenan aparentemente todos sus deberes, y cuya inteligencia presenta, sin embargo, ciertos puntos débiles, concepciones delirantes ó impulsiones insensatas, sin que sea posible encerrarlos, porque no podríamos clasificarlos lisa y llanamente entre los locos.

Es triste, sin duda alguna, pensar que el mecánico que conduce el tren en que vamos padecemos tal vez de alucinaciones; que el abogado á quien consultamos está probablemente atacado de la locura de la duda; y que el escribano que autoriza nuestros contratos ha estendido quizá un acto de sociedad con el creador de los mundos. Pero es necesario no incurrir en exageraciones.

No sólo esos semi-locos llegan con frecuencia á elevadas posi-

ciones, sino que ejercen á veces una gran influencia sobre su medio, sobre su país, sobre el siglo en que viven. Las alucinaciones de Juana de Arco operaron un milagro que no había podido realizar el heroísmo de los mejores generales; y entre los hombres célebres que han conmovido profundamente su época, hay muchos que si no eran completamente locos, eran al ménos semi-locos. Y es que, en efecto, esos espíritus colocados en el extremo de la razón y la locura, son ordinariamente más inteligentes que los otros; están sobre todo dotados de una actividad febril por el mismo estado de *agitación* en que viven; poseen una poderosa originalidad y en su cerebro hormiguan ideas absolutamente inéditas.

Léase la historia, y se verá que son ellos los que han revolucionado el mundo, fundado religiones nuevas, creado y destruido imperios, salvado ó perdido naciones, é impreso su sello en la ciencia, la literatura y las costumbres de su país y de su época. La civilización habría permanecido estacionaria si no hubiese habido locos para comunicarle impulsos. Rindamos, pues, homenaje á la locura, y reconozcamos en ella uno de los principales agentes de progreso en las sociedades civilizadas, y una de las más poderosas fuerzas que rigen los destinos de la humanidad.

En viaje

FRAGMENTO

Anuncia la alborada, melodioso,
El canto del zorzal;
Todo despierta alegre y bullicioso
Al beso de la brisa matinal;
El claro sol que asoma
Tras la ondulada loma
Dora las blancas nubes que á porfía
En las alturas corren y voltean
Como alegres palomas que aletean
Saludando el clarear del nuevo día,
Y el sarandí, y el ceibo, y el yatay,
Todo lozano y fresco se retrata
Como en espejo de bruñida plata
En las aguas del plácido Uruguay.

Alumbrada por tibios resplandores
La tierra, es una dulce desposada
Que cubierta de flores
Reclina su cabeza inmaculada
Sobre el divino altar de los amores.
Fecunda tierra!— de perfume henchida
Exhala sus effluvios inmortales
Y el recóndito aliento de la vida
Sintiendo en sus entrañas virginales,
Parece que sonríe y que se agita,
Parece que suspira,
Parece que de amor ébria palpita
Cuando en su pompa y su esplendor se mira.

En señal de contento y de bonanza
Todo de luz y de verdor se viste:

Todo tiene el color de la esperanza,
¡Tan solo yo estoy triste!

Es que mi alma, á la tuya consagrada,
Se hiela en el vacío;
Es que me arrastra suerte despiadada
Léjos de tí, cual rama abandonada
Á las corrientes del undoso río!

Perdióse ayer de vista la alta torre
Que al nacer baña el sol con sus reflejos
Y se afana la nave, y corre, y corre,
Y me lleva más léjos y más léjos!

.....

Ah! cuán bella es el alba cuando dora
De las gasas de niebla los despojos!
Pero más que los brillos de la aurora
Vale la luz de tus divinos ojos!

¡Cuán puro es el aroma que se exhala
De la mañana en la apacible calma!
Mas ¿cuál perfume iguala
Al perfume dulcísimo de tu alma?

Las flores en los árboles se mecen;
Todo es vida, alegría, movimiento.
¿Por qué mis místios ojos se humedecen?
Es que sin tí, mi vida, me parecen
Sin luz el sol y sin susurro el viento!

Mañana en tierra pisaré entretanto
Sólo con mis memorias amorosas.
¿Quién secará mi llanto?
¿Quién será de mis días el encanto?
¿Quién velará mis noches silenciosas?

¿Por qué pobre naací?... Mas mi cabeza
Sobreponerse debe á mi dolor.
¿No son una riqueza

De deslumbrante y sin igual grandeza
La virtud y el amor?

La virtud! ¿Cuál espléndido tesoro
Puede igualar al de ser justo y bueno?
¿Qué son sin ella gloria, y fausto, y oro?
Son un fugáz y pálido meteoro:
Brilla un instante, cae y se hace cieno.

Vivir del bien al culto consagrado,
Sólo á su ley prestando vasallaje;
Mirar el vicio con desprecio airado,
Como mira la roca, desmayado
Á sus plantas romperse el turbio oleaje,
Esa la gloria es, ese el consuelo
De los que, en medio al mal que los azota,
Prefieren, con la frente alzada al cielo,
Á erguirse con la infamia sobre el suelo
Con el honor rodar en la derrota!

¿Qué importa al ave en la desierta altura
Ver que el bravío vendabal aumenta,
Si alcanza el nido, herida, pero pura,
Y salva de sus álas la blancura,
Del fango que salpica la tormenta?

Así, ¿qué importa al alma immaculada
Que do quiera tienda la mirada
Contemple vicio, crimen, impudencia,
Si para refugiar, cálida y viva,
Su dignidad altiva,
Tiene un santuario al ménos: la conciencia?

.....

El amor! — áurea copa en que rebosa
El néctar de los dioses;
Raudal de poesía misteriosa
Que al cielo eleva sus divinas voces;

Primavera del alma, que aparece

Rodeada de perfumes y de galas;
Ángel que nos inspira y enardece
Al rozarnos la frente con sus alas.

.....

Es célica armonía que levantan
De fantástico empíreo ignotas aves;
Es lira de oro en cuyas cuerdas suaves
Las almas tiernas sus ensueños cantan.

¿Lo es propicia la suerte? — Es luz tranquila
Que ante un santuario oscila,
Plácida cual de un niño las miradas;
¿Lo combate el destino? — Entónces es ton
Que abrasa y que chispea
Derramando el incendio á llamaradas.

Es esto, es fé, es entusiasmo, es gloria
Que á soñar otros mundos nos convida,
Y que hace que no olvide la memoria
Que están, tras de esta vida transitoria,
Los horizontes de la eterna vida.

El amor! — á su voz conmovedora
Todo se eleva y todo se engrandece;
Allí donde él está surge una aurora,
Y en cada huella suya una flor crece.

¿Dónde no habla el amor á quien lo siente
En el fondo del alma?

Habla cuando la brisa dulcemente
Meciendo vá las hojas de la palma;
Habla cuando el reflejo de la laguna
Lánguido se difunde por el mundo,
Y murmura la plácida luna,
Y gime el mar profundo.

Y el suspiro que vibra en el ambiente
Y la mirada que en los ojos brilla,
Y el beso que se imprime en una frente,

Y el rubor que colora una mejilla,
Y la sonrisa que en el lábio asoma,
Y la gota sutil de tibio llanto,
Son frases elocuentes de su idioma,
 Son notas de su canto.

Olvidemos la pena pasajera
Dirigiendo la vista al porvenir;
Será mía tu vida toda entera,
 Serás mi compañera
Y vendrás mi pobreza á compartir.

Las vírgenes riberas que hoy contemplo
Con el alma doliente y oprimida,
Serán de nuestro amor el sacro templo,
 La tierra prometida!

¡Murmillos de las aguas cristalinas,
De las aves del bosque tierno canto,
Voces de las fantásticas ondinas,
Decid en vuestras salves matutinas
Que nadie como yo ha amado tanto!

N.
